

POETAS RELIGIOSOS INÉDITOS

DEL SIGLO XVI



A-410

M. 1269

POETAS RELIGIOSOS INÉDITOS

DEL SIGLO XVI

SACADOS Á LUZ, CON NOTICIAS Y ACLARACIONES,

POR EL DOCTOR

D. MARCELO MACÍAS Y GARCÍA,

Presbitero,

Catedrático numerario de Retórica y Póitica



LA CORUÑA

Tipografía de la Papelería de Ferrer, Real, 61

1890

N.º M 2844

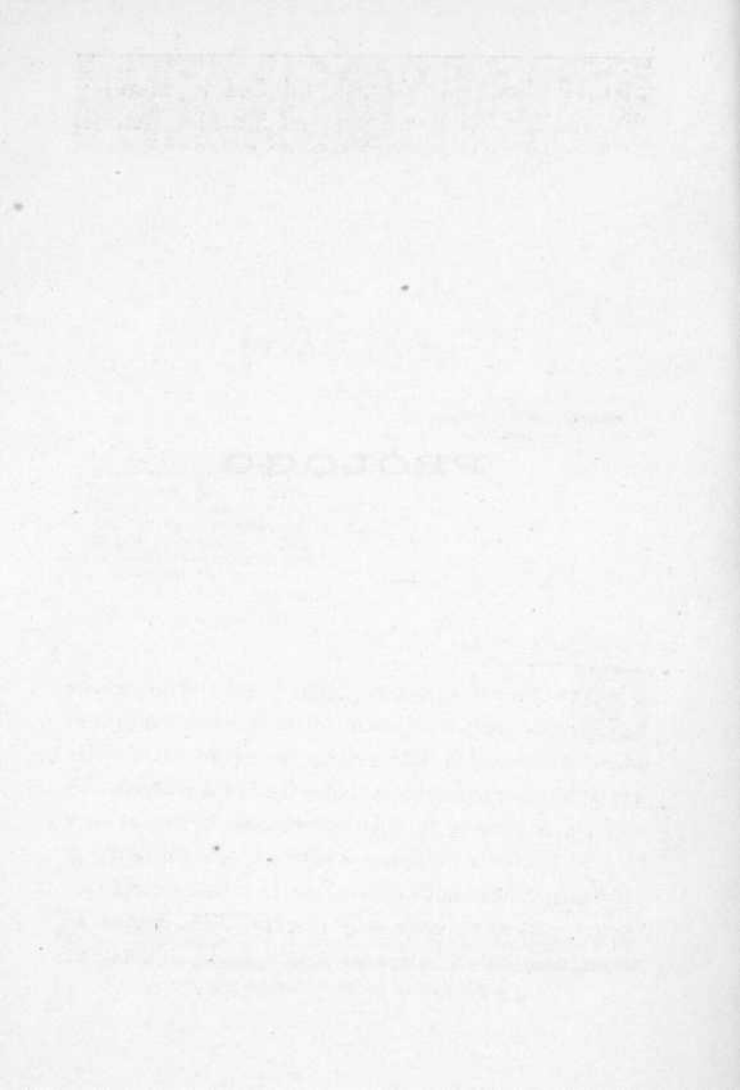
R. 1928 (12)



ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Nota.—Publicados por primera vez en la revista *Dogma y Razon*, de Barcelona, salen nuevamente á luz estos poetas, con aprobación de la autoridad eclesiástica.

PRÓLOGO





PRÓLOGO

La huella de todo hombre de mérito merece siempre ser conservada, cuando se la encuentra, por acaso, impresa en el polvo común, donde tantos y tantos millones de otros no dejan señal alguna.

(CÁNOVAS DEL CASTILLO.)

ENTRE los muchos y preciosos manuscritos que pertenecieron al insigne Jovellanos, consérvanse en la Biblioteca del Instituto de Gijón dos volúmenes en 8.º, que llevan los núms. 54 y 55, y al frente la siguiente nota: "*Poesías inéditas* de D. Cristóbal Cabrera, Presbítero, y "*Poesías, también inéditas*, de D. Juan de Aramburu, que empiezan á la página 394, según la "nota.,, Los 263 fólíos de que consta el primer

volumen, y 130 del segundo, hasta el 394, continuando la misma paginación, contienen un poema de D. Cristóbal Cabrera, titulado *Instrumento Espiritual*, que se divide en cuatro partes, de las cuales la 1.^a comprende 250 sonetos de devoción en general; la 2.^a otros tantos al Salvador, á la Virgen y á los Santos; la 3.^a 150 á otros tantos salmos de David, y la 4.^a varios metros de meditaciones, canciones y cancionetas espirituales; y va precedido de un largo y erudito prólogo, fechado en 25 de Marzo de 1555, en el cual el autor, hablando de los teólogos y religiosos que, aunque hacen sonetos, no los divulgan, por su gravedad, dice: “No es mi intención “de imprimir esto ni divulgarlo, mas de mandarlo poner después de mi tránsito, con otros “mis libros, en una librería; ni tampoco pusiera “aquí mi nombre, como no lo puse en otro libro “co que días ha escribí á ruego del primer Obispo é Arzobispo de Méjico y primera Marquesa “del Valle, llamado *Flores de consolación*, si el “estatuto no prohibiera que el autor de la obra “que se escribe, calle su nombre, como de presente se ha acordado y mandado.”

Llenando las márgenes del manuscrito, ven-se acá y allá, en la primera y segunda parte, varias composiciones latinas y gran número de

odas, romances, sonetos, coplas y villancicos alusivos á los asuntos del texto. La circunstancia de hallarse entre las poesías de Aramburu, al folio 444, el soneto marginal: "Estábase en la mente soberana etc.," dedicado á la Encarnación en la segunda parte de las de Cabrera, nos hizo sospechar, en un principio, si tales composiciones serían tal vez obra de aquel poeta; pues bien pudo suceder, que, dueño del manuscrito de Cabrera, á la muerte de éste, no sólo aprovechase la parte del segundo volumen que había quedado en blanco, sino que escribiese al margen del "Instrumento Espiritual," las poesías que iba componiendo sobre el mismo asunto; pero basta cotejar dichas composiciones con las del texto, para convencerse de que están escritas de puño y letra del mismo Cabrera, el cual, temeroso de no ser bien comprendido, ó llevado del prurito de presentar una misma idea bajo todos sus aspectos y relaciones, amplió y glosó sus teológicos conceptos mucho después quizá de haber dado fin á su poema. El que entre las poesías de Aramburu aparezca dicho soneto, nada tiene de particular, si se observa que copió é intercaló también varias otras de distintos autores. Cierro que no indica su procedencia, como hace con todas las demás; pero esto fué sin duda porque

no lo creyó, ni en realidad era necesario, escribiendo, como escribía, á continuación de Cabrera, al cual no menciona tampoco al final de las Octavas que consagra á los salmos 84 y 122, donde cita los respectivos sonetos del "Instrumento Espiritual."

Termina Cabrera su poema con estas palabras: "A la gloria y honra de la Sanctissima Trinidad, Padre, Hijo, Spíritu Santo, con bendición de la sacratísima Virgen, madre de Dios y Señora nuestra, hace fin este "Spiritual Instrumento;" y debajo se leen estas otras en letra más pequeña y de distinta mano: "Ad laudem et honorem omnipotentis dei, necnon gloriosissime virginis Marie matris eius. *Ioannes de aramburu* hispanus, ciuitatis de vitoria incola, scripsit in ciuitate *tiburtina*, urbis intemperiem fugiens, anno domini millessimo quingentessimo sexagessimo nono." Como más adelante, en el folio 454 vuelto, hablando de la columna á que fué atado el Señor y que se venera en Roma, vuelve á decir en una nota: "Y *Juan de Aramburu*, que esto escribe, hoy lunes 3 de Septiembre de 1590 as.^o, la tocó muchas veces con el rosario que tiene de 10 avemarias y un pater noster, y una calavera de madera que hizo Beltran el Theatino, etc." claramen-

te se infiere que invirtió más de veinte años en escribir las poesías que empiezan al folio 394 y se extienden hasta el fin del volumen (483), entre las cuales hay algunas de otros autores, como la "*Batalla de la muerte*, la cual se dió al "emperador D. Carlos y á otros XIII grandes "que con él fueron, el año de 1558,," compuesta por Pedro de Sayago; las "*Lágrimas del Apóstol San Pedro*, por Jerónimo de los Cobos, dirigidas á la muy Iltre. Señora Doña Maria de "Mendoza," y *Algunos sonetos espirituales* sacados de una obra de Sebastián de Córdoba, v.º "de Ubeda., Mezclados con las poesías, encuéntranse algunos escritos en prosa, como son: Varias meditaciones, unas en latín y otras en castellano, sobre los instrumentos y dolores de la pasión del Salvador; lo que dice San Juan Crisóstomo en alabanza de la Cruz; Copias en italiano y castellano de las indulgencias concedidas á los rosarios por el Papa Pío V., á instancia del Cardenal de Augusta, en 1.º de Septiembre de 1570, y de las concedidas en igual fecha por el mismo Pontífice á las cruces, á instancia del Ilmo. Sr. D. Luis Henriquez de Almansa y á petición del referido Cardenal de Augusta, y, por último, una colección de *Sententiæ diversorum auctorum*, en la cual aparecen por orden

alfabético, hasta la D inclusive, las de varios escritores latinos y Padres de la Iglesia sobre la ignorancia, el juicio temerario, el adulterio, la adversidad, la adolescencia, etc.

En vista de esto, y de hallarse escrita la primera nota en el folio 393, al fin de las poesías de Cabrera, y no en el siguiente, al frente de las atribuidas á Aramburu, como parecía lo natural, pudiera sospecharse si éste, mas bien que autor, fué un mero copista. Pero desde luego se nos ocurre, que si hubiera querido decir esto, no hubiese empleado el verbo *scribere*, que refiriéndose á *versus, carmina, poemata*, significa componer, sino *describo, exscribo* ó *transfero*, que propiamente significan copiar. Y que no usó dicho verbo en este sentido, se desprende de la segunda nota, puesta precisamente á una composición que sin duda es suya, por cuanto no la atribuye á ningún otro poeta. Puede afirmarse, pues, que á escepción de las composiciones antes citadas, y del soneto "Solo y pensoso en páramos desiertos,," del folio 429 v.º, que aparece poco después indicado con la nota *ut supra*, entre los sacados de la obra *Boscán á lo divino*, que Sebastián de Córdoba publicó en 1577, todas las demás son suyas; pues así como indicó el autor y procedencia de algunas de

ellas, hubiera hecho lo propio con las restantes, si no le hubieran pertenecido.

Respecto á la personalidad de este poeta, sólo sabemos lo que se desprende de las notas transcritas y de una de las octavas que compuso á la Ambición, donde dice:

Y los que del altar nos sustentamos,

De grado en grado mitras deseamos;

esto es, que era sacerdote de la ciudad de Vitoria, y que vivió en Roma y en Tiboli por los años de 1569 á 1590, en que escribió sus poesías. Algunas noticias más tenemos de Cabrera, gracias á la diligencia de Nicolás Antonio, que en su *Bibliotheca Nova*, tom. 1.º, pág. 284 de la 1.ª edic., nos habla de un D. Cristóbal de Cabrera, que, según todas las señas, no es otro que nuestro mismo poeta. Dice éste en el prólogo, "que es sacerdote dado más á los sagrados libros y teología, que á la música y poesía;" y sacerdote de la diócesis de Palencia, y Maestro de Sagrada Teología es, en efecto, el D. Cristóbal de Nicolás Antonio: añade nuestro poeta, que además de las *Flores de Consolación*, arriba mencionadas, escribió unas meditaciones en verso latino, que se imprimieron con privilegio real y examen de la Santa Inquisición, con este título: *Christophori Cabrerae, presbiteri, medi-*

tatiuncula, ad Serenissimum Hispaniarum principem Philippum; y escritor, teólogo y poeta es también el Cabrera de Nicolás Antonio; pues de él cita éste las siguientes obras: una de la Biblioteca Altempsiana de Roma, titulada *Censura et confutatio novæ opinionis de Eucharistia;* otra, muy curiosa, dedicada al Pontífice Gregorio XIII y publicada en Roma (apud. Vicentium Acoltum, 1584, en 8º) con el título: *Rosarium B. Mariæ juxta Evangelium Sacramque Scripturam, triplici lingua Latina, Italica et Hispanica, metricaque meditatione trilingui meditatum ab auctore;* y *Tria corpulenta volumina* (son palabras del mismo Cabrera) *Evangelicarum meditationum et expositionum, jam pridem à me concinata, propriaque manu conscripta,* que había ofrecido, y que sin duda no llegó á publicar. Es indudable, pues, que se trata de un mismo sujeto, tan profundo teólogo como inspirado poeta, del cual no sabemos nada más, sino que nació en el día de la Concepción, como se complace en repetirlo una y otra vez en los varios sonetos que consagra á celebrar tan hermoso misterio. La circunstancia de manejar la lengua italiana con la misma facilidad que la española y la latina, y el haberse publicado en Roma su *Rosarium B. Mariæ,* induce á creer que residió

largo tiempo en Italia; y así se explica que anden juntos sus versos y los de Aramburu, del cual fué tal vez conocido y amigo.

Nada diremos aquí de la significación y mérito de tan piadosos poetas. Nos hemos propuesto únicamente darlos á conocer, publicando algunas de sus composiciones (de ninguna de las cuales sabemos que haya sido dada á la estampa), y el lector juzgará en vista de ellas, si andamos equivocados, al asignar á uno y otro preferente lugar en nuestro Parnaso.

Publicaremos primero el prólogo de Cabrera, que bien lo merece por lo castizo é interesante; luego, copiosa muestra de sus poesías y de las de Aramburu, y por fin, la *Batalla de la muerte*, de Sayago, y las *Lágrimas del Apóstol San Pedro*, de Jerónimo de los Cobos, dejando para entonces algunas observaciones referentes á estos dos últimos poetas, por no alargar más este ya pesado prólogo.

MARCELO MACIAS.



INSTRUMENTO ESPIRITUAL

—DE—

D. CRISTÓBAL CABRERA



PRÓLOGO



AL CRISTIANO LECTOR, SALUD Y GRACIA EN
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

NUNCA me incliné tanto, amigo lector, á escribir en la lengua vulgar, como en la latina; mas la caridad, que ablanda y dobla los corazones, me compelió á escribir lo poco que en esta lengua he escrito, teniendo respecto á la utilidad del prójimo. Dos causas me movieron á dos efectos: una, á meditar estos espirituales sonetos y metros de devoción; otra, á comunicarlos, aunque sacerdote dado más á los sagrados libros y teología, que á la música y poesía. Lo que á mí

me movió á meditarlos, fué alabar á nuestro Señor en metros castellanos, como antes lo había hecho en metros latinos, (1) advirtiéndome á lo que dice el Apóstol, (2) que toda lengua bendiga y loe al Señor: y así meditando me recreaba, recreándome meditaba en aquellas horas que de otros estudios y lección más grave me levantaba cansado. Lo que á mí me movió á comunicarlos fué, que oyendo unos sonetos profanos á unos conocidos míos, quise experimentar si tomaban gusto en lo verdadero, como gustaban de lo falso y vano, doliéndome de su estragado apetito; y diles media docena de sonetos, diciendo que los había hecho un hombre docto, para convidarles más á cantarlos, y que eran dignos de tenerlos en la memoria: ellos recibieronlos de buena gana; comenzáronlos á cantar, y de tal manera se aficionaron á la letra con el espíritu, que no los dejaban ya de la boca, olvidados de lo profano que antes usaban.

Viendo, pues, que se podía seguir este provecho, acordé de buscar todos los sonetos que en diversos tiempos, y algunos sobre una misma

(1) En las meditaciones que se imprimieron los años pasados con privilegio real y examen de la Santa Inquisición, cuyo título es: *Christophori Cabrere, presbiteri, meditatiuncula ad Serenissimum Hispaniarum principem Philippum.*

(2) Philip. 2.

materia, según lo que en aquel punto á la pluma se ofrecía, se meditaban y echaban á parte donde nunca más se veían. Ansí hallé, sin pensar, un haceluelo de estos papelicos borrados y echados al rincón del escritorio, los cuales, no sin tedio y fastidio, se sacaron en limpio ansí como estaban, de la primera tijera, como dicen; sólo por probar si con el divino favor se enmendase algo de lo que tan depravado y corrupto está en la gente vulgar y mundana, que nunca cesa de cantar cantares indignos de las orejas cristianas, y algunos tan torpes y feos, que me admiro cómo se permiten entre cristianos; pues, como dice el Apóstol, (1) corrompen las costumbres las hablas malas. Verso es de Menandro. Y en otra parte: Quitad, dice, de vuestra boca las torpes palabras; y escribiendo á los de Ephesio: (2) Jamás, dice, palabra torpe y sucia se oya ni salga de vuestra boca, sino alguna buena habla, tal que edifique, cuando convenga, al prójimo, y sea graciosa á los oyentes. Y luego adelante: (3) No se miente, dice, entre vosotros, torpeza alguna, ni necia ni truhana habla, antes os henchid de espíritu santo, hablando con vosotros mismos, cantando salmos,

(1) I Corin. 15.—Colos. 3.

(2) Ephes. 4.

(3) Id. 5.

himnos y canciones espirituales en vuestros corazones al Señor, haciendo siempre gracias á Dios Padre por todo, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Notables palabras, nos dice el Apóstol, y no menos es de notar lo que nos canta el Profeta: Cantad, dice, sabiamente. (1) No dijo: cantad como quiera, sino sabiamente; de donde se nos prohíben los cantares torpes y necios, que no tienen sal y gracia de la divina sapiencia. Si el filósofo Platón no consentía en su República canción ni metros que no exhortasen á la virtud, (2) ¿por qué nosotros, con lumbre de fe, consentimos cantar canciones que provocan el vicio? Si tengo razón ó no, júzgalo tú, lector amigo. Pluguiese á nuestro Señor que los músicos que hoy componen y cantan canciones, imitasen á aquel divino Hieroteo, tan loado del gran Dionisio Areopagita, cuyas canciones é himnos representan un ánimo y espíritu seráfico encendido en amor de Dios. (3) Cierta que está muy resfriada la caridad: enciéndala en nuestros corazones aquel fuego de amor eterno y divina misericordia.

Demás de esto, por ventura me reprenderás,

(1) Psal. 46.

(2) X. de Repub. dialog.—Id. lib. 2 de leg. 34.

(3) Dion. de divi. nom. c. 4.

que no hago lo que otros teólogos y religiosos, que aunque hacen sus sonetos, no los divulgan por su gravedad. A esto respondo, que no es mi intención de imprimir esto ni divulgarlo, mas de mandarlo poner después de mi tránsito con otros mis libros en una librería; ni tampoco pusiera aquí mi nombre, como no lo puse en otro librico, que días ha escribí á ruego del primer Obispo é Arzobispo de Méjico y de la primera Marquesa del Valle, llamado *Flores de consolación*, si el estatuto no prohibiera que el autor de la obra que se escribe, calle su nombre, como de presente se ha acordado y mandado. Mas, á mi parecer, asaz se divulga y publica el teólogo ó religioso que suelta de la mano el papel lleno de sonetos, preciándose de su habilidad, como yo he visto algunos, y no todos tractaban materia tan pía, como su profesión requería. A estos mis sonetos, tales cuales son, los buenos fines con que se meditaron y comunicaron les salva; y espero que algunos de ellos no sonarán mal á los oídos del que fuere pío y docto, acordándose de los santos y graves teólogos griegos y latinos, y aun hebreos, que en metros tractaron cosas tan dignas de atención, devoción é imitación, como indignas de reprehensión; y si con todo esto te parece que soy digno de vilipendio entre los que se tienen por letrados

y se estiman en mucho, de buena voluntad sufriré este menosprecio, por preciar y aprovechar á mi prójimo, por quien nuestro Salvador no se despreció de ser menospreciado, y derramó su sangre preciosísima: cuanto más que es doctrina de nuestro Maestro y Redentor, como dice Crisóstomo y otros santos doctores, (1) atraer y convertir á cada uno por la vía de su oficio, estudio é inclinación: ansi atrajo á los Magos astrólogos por la estrella, y á los apóstoles pescadores por la pesquería.

No será, pues, inconveniente atraer á la virtud y divina contemplación á los que se dan á la música y canciones, por la vía de sus cánticos. La forma del armonía, como consiste en el racional entendimiento, en todos es una; solamente conviene mudar la materia, poniendo en lugar de los vanos metros, otros píos y cristianos: y si son tales palabras que se pueden predicar, ¿qué más me da decir la verdad, cantando, que predicando á los flacos, que oyendo el sermón se duermen, y oyendo la canción despiertan? especialmente si veo que por los cánticos espirituales que les levantan á Dios el espíritu, olvidan los cantares que les encantaban el ánima, silbando en ellos la mala serpiente é demonios encantadores, á la

(1) Chrisost. super Math. 2. Homil. 6.—Theophil. in Math. c. 2.

manera de las engañosas y perniciosas sirenas que fingen los poetas. (1)

Tú, pues, amigo mío en Jesucristo, recibe esta mi recreación con aquella sinceridad y caridad que se te comunica, si quieres por algún espacio espaciarte y recrearte espiritualmente. Y si no tienes el espíritu que aquí se requiere, el Espíritu Santo te le dé; pues sin tal espíritu, ni puede tener salud tu ánima, ni te puede bien sonar este Espiritual Instrumento, que en cuatro partes se divide, y todas cuatro, como voces y cuerdas, hacen una concordancia y consonancia en loor y honor del Señor. La primera parte contiene doscientos y cincuenta sonetos de devoción generales; la segunda otros tantos sonetos de devoción especiales; la tercera ciento y cincuenta sonetos á otros tantos salmos del Salterio; la cuarta varios metros de meditaciones, canciones y cancionetas espirituales. Vale in Domino. Anno Domini 1555, 25 Mar.

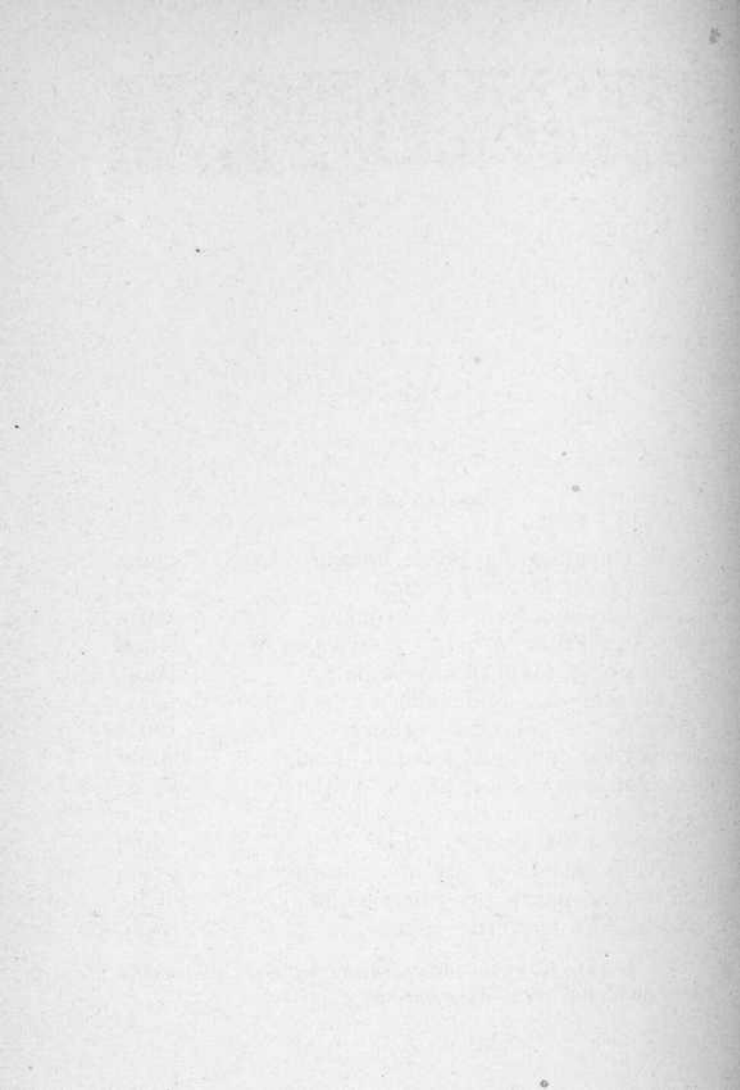
(1) Al margen trae en latín la fábula de las Sirenas.



SONETOS

SACADOS DE LA 1.^a, 2.^a y 3.^a PARTE (I)

(I) Los seis primeros, pertenecen á la 1.^a; los ocho siguientes á la 2.^a, y los cuatro últimos á la 3.^a





SONETOS

Soneto en eco.

Si Dios al alma que le llama,	ama,
Y del remedio y su locura	cura,
¿Por qué la enferma no procura	cura,
De Aquél que en fuego y viva llama	llama?
Si por el alma que reclama,	clama,
Y en remediar su desventura	tura, (1)
¿Por qué te yelas sin cordura,	dura,
Pues Dios enciende, cuando llama,	llama?
¿Qué dais, Señor, al que no pena?	Penas.
¿Y al alma soleis dar consuelo?	Suelo.
¿Mayor acá ó en la partida?	Ida.
Alma, pues ves que quien no pena,	pena,
Si es tu esperanza y tu consuelo	suelo,
No te dará la eterna vida	vida.

(1) *Turar, tura, turable, turación*, palabras anticuadas, equivalentes á *durar, dura, durable, duración*.

A la Fe.

¡Oh fe, luz de mis ojos verdadera,
Que alumbras el humano entendimiento!
Tú eres de las torres fundamento
Do pone Jesucristo su bandera.

Virtud de las virtudes la primera,
Pones en la verdad el pensamiento;
Ni temes tú tormenta, ni tormento,
Ni muerte, ni batalla carnícera.

Tu don es celestial, el cual ofrece
Aquel alto Señor á quien le place,
Según á su clemencia le parece.

Pues nadie, mi Señor, te satisface
Sin viva fe con obras que merece,
Tu gracia me dé fe con que me abrace.

¡Oh, bienaventurado quien retiene
En tí, mi Dios eterno, la esperanza!
¡Feliz quien á tus cosas se abalanza!
¡Feliz quien en tal fin sus ojos tiene!

El mundo ¿qué promete? ¿qué contiene?
¿Qué vale su favor y su privanza?
Quien más se fia de él, menos alcanza,
Alcanza lo que menos le conviene.

Aquella celestial vida me place,
Do vive la virtud galardonada;
El vicio de esta vida me desplace.

¡Oh bienaventuranza deseada!
Pues para tanto bien el hombre nace,
En tí sola mi alma esté prendada.

Mi ánima, Señor, es navegante
Por este mar del mundo, mar amargo,
Mar ancho, mar profundo, mar tan largo,
Que cansa tal viaje al caminante.

Peligros van detrás y van delante;
La navecilla teme con el cargo;
No puede sin tu cruz dar su descargo...
¡Oh! sálveme tu cruz, tu cruz triunfante.

¡Oh Espíritu que espiras donde quieres,
Y guías y confirmas los que amas!
Requieren tu favor mis menesteres.

Si tú, mi Dios, me mueves y me inflamas,
Iré do tú, mi luz, conmigo fueres,
Al puerto celestial á do me llamas.

De Tí salen las cosas producidas,
Y todas á Tí vuelven ordenadas;
Tu imagen bien impresa, tus pisadas
Están en lo criado conocidas.

Sus números, sus pesos, sus medidas
Las dan hermoso ser perfeccionadas;
Por Tí viven y duran conservadas;
Por Tí son gobernadas y regidas.

De Tí pende mi alma, bien supremo;
De Tí mana su vida, por Tí vive;
En Tí solo se goza por extremo.

Son tantas las mercedes que recibe,
Que cuanto más la amo, más la temo...
En solo tu favor, mi Dios, estribe.

Dulzura de mi alma, mi bien sumo,
 ¡Oh Dios de mis entrañas, amor mío!
 En tí espero, mi Dios, en tí confío;
 De mí tan pecador nada presumo.

Ceniza, tierra, polvo, viento, humo,
 A tí suspiros mil, Jesús, envío;
 Pidiéndote favor, sin fin porfío;
 Pues como la candela me consumo.

Mi honra, mis riquezas, mis favores,
 Mi gloria, mi saber y mi contento
 Tú eres ¡oh Señor de los señores!

Pues yo no soy sin Tí, según lo siento,
 Suplíctote que en mí Tú siempre mores,
 Y no me desampares un momento.

A la Encarnación.

¿Por qué se alegra el mundo? Porque espera
 Que viene ya el divino desposado.

¿De dónde? De su tálamo estrellado.

¿A qué? A dar fin alegre á su carrera.

¿Quién es? El rey del cielo. ¡Quién creyera
 Que en la tierra quisiera ser casado!

En el consejo eterno se ha tratado,
 Que nadie á demandarlo se atreviera.

¿Quién es la desposada? Una villana,
 Que es su nombre mortal naturaleza.

¿En dote qué le dan? Ninguna cosa.

Antes el mismo Rey con su riqueza
 La dota, y por quedar tan soberana,
 Se goza de tenerla por esposa.

En la fiesta del Nacimiento.

¿Quién es el que se mira en tal espejo
Que no se menosprecia y no se humilla?
¡Bendito tal misterio y maravilla!
¡Bendito tal acuerdo y tal consejo!

Tú naces en un pobre portalejo,
Dios hombre, de la Virgen sin mancilla:
Teniendo Tú en el cielo trono y silla,
¡Cuán bajo de él te pones y cuán lejos!

¡Oh suma caridad maravillosa!
En uno dos extremos se juntaron,
Distantes infinito en toda cosa.

Tus rayos á los ciegos alumbraron:
Alúmbrenos, Jesús, tu luz graciosa:
Mis ojos contemplarte desearon.

Al mismo asunto.

Hoy nace Dios, porque la gente muerta
De nuevo cobre nuevo aliento y vida;
Hoy deja mi pobreza enriquecida;
Hoy abre al cielo la cerrada puerta.

Hoy lo desconcertado se concierta;
Hoy la bondad divina está afligida
Del duro frío, cuyo amor convida
A que el mío en el suyo se convierta.

Hoy queda Dios con apellido de hombre,
Y el hombre se hace de su Dios hermano.
¡Oh divino misterio! que en la tierra

Cobra el hombre con Dios alto renombre,
Y la paz viene á apaciguar la guerra,
Sin dejar á su Padre soberano.

A la Adoración de los Reyes.

Salió una estrella clara y refulgente,
Cual mensajero de aquel Sol divino,
Luego que del imperio cristalino
Bajó al rescate de la opresa gente.

Y apareció en los cielos del oriente,
Como principio del real camino,
En donde hallarse con razón convino
El misterio de Dios omnipotente.

Tres Reyes vienen ante el Rey inmenso
Con olorosa mirra, incienso y oro,
A le adorar, siguiendo aquel lucero;
Para entender ser Dios por el incienso,
Y Rey supremo por el gran tesoro,
Por la mirra Dios y hombre verdadero.

A la Oración del huerto.

La humanidad de Dios, triste, afligida,
Con pura sangre matizando el suelo,
Rogaba al Padre con humilde celo,
Le escusase la muerte dolorida.

Un ángel le envió, su voz oída,
Que así le dice, dándole consuelo:
¿Qué es esto, Capitán de tierra y cielo?
¿Temeis la muerte, siendo vos la vida?

Como hombre la temió; mas como fuerte
Y eterno Dios, no hay cosa que le asombre;
Y así el temor en ánimo convierte.

Pues di, cristiano indigno de tal nombre,
Si Cristo, con ser Dios, temió la muerte,
¿Cómo tú no la temes, siendo hombre?

A la aparición de Jesús á la Magdalena.

Buscaba la bendita Magdalena
A Dios eterno que perdido había,
Antes que el sol su clara lumbre al día
Comunicase con alegre vena.

El cuerpo siente en no hallarle pena,
Y más doblada el alma la sentía;
Donde mostró que por la falta mía,
María está de muchas sobras llena.

¿A quién buscas, María congojosa?
Ten los ojos abiertos y sentido;
Y si á buscarle, congojosa, vienes,
Alza tu rostro á su visión gloriosa;
Que ése que tú imaginas que es perdido,
Hoy le has ganado, si sentido tienes.

A Nuestra Señora.

A tu suma humildad, Virgen gloriosa,
Mi alma con razón aquí se humilla;
Admírase de ver tal maravilla,
¡Oh única humildad maravillosa!

¡Oh Virgen toda limpia, toda hermosa,
Sin mácula, sin vicio, sin mancilla!
¡Bendito quien te dió tan alta silla!
¡Bendito quien crió tan buena cosa!

Mi alma, mi Señora, te suplica
Que ruegues al Señor que da los dones,
La dé don de humildad y pequeña.

Pues para se humillar sobran razones,
Humíllese mi alma pobrecica,
Mirándose al espejo que la pones.

A San Jerónimo, que delante de un Crucifijo hacía penitencia con un canto.

Entre fragosas peñas emboscado,
Do no pasaba gente, ni se oía,
Jerónimo con llanto enternecía
Las fieras de aquel yermo despoblado.

En fuego divinal todo abrasado,
Con un pesado canto se hería, (1)
Y con dulce lamento así decía,
Su rostro vuelto al cielo y elevado:

Inmensa majestad, pues pudo tanto
La fuerza de mi amor, que ansí te ha hecho
Morir en esa cruz tan afligido,

Ablande la dureza de este canto
Al cruel, empedernido y fiero pecho
Que en lágrimas por Tí no es derretido.

(1) Nótese para en adelante, que nuestros antiguos poetas no hacían uso generalmente de la *sinalefa*, cuando la segunda vocal iba precedida de *h*, aun en el caso de que no estuviese acentuada la primera. Así, p ej., Fr. Luis de León no la emplea en los siguientes versos:

Con la hermosa Caba en la ribera,
El pecho hervoroso;

ni Herrera en estos:

Que hecho ya su oprobio, dice: ¿Dónde,
La lumbre singular de esta hazaña;

ni Ercilla en estos otros:

De algunos que en la junta se hallaron,
Que no hicieron poco en hacer esto, etc.

Al Salmo XVII.

Amarete, Señor, mi fortaleza,
Mi fuerte protector y firmamento:
Dolores de la muerte con tormento
Cercaron y turbaron mi flaqueza.

En mi tribulación y mi tristeza
A tí, mi Dios, alcé mi pensamiento;
Oíste mi clamor y sentimiento;
Librome de mil males tu grandeza.

Por Tí yo con los santos santo sea;
De todos los perversos Tú me aparta,
De todo cualquier mal y cosa fea.

Señor, porque tu luz me alumbra y harta,
Mi alma ver tu luz siempre desea...
Tu lumbre de mis ojos no se parta.

Al Salmo XXVI.

El Señor es mi luz, salud y vida.
¿A quién temeré yo con tal defensa?
¿Quién ya de mí temer ó temblor piensa,
Teniendo tal amparo, tal guarida?

Mi alma no desmaya combatida,
Estando cabe Tí, bondad inmensa;
Deséate servir muy sin ofensa;
Dios mío, de tí sea favorita.

Tu gesto contemplar es mi deseo;
Tu gesto no me vuelvas te suplico;
Será suma mi gloria si te veo.

Ayúdame, pues soy tan pobrecico,
O librame de mal y de lo feo:
Hazme justo, mi Dios, que soy inicuo.

Al Salmo LXX.

Señor, en tí esperé muy confiado;
 No sea para siempre confundido:
 De tu justicia sea favorito,
 Y líbrame de mal y de pecado.

A tí clamo, mi Dios, muy augustiado;
 Inclina á mi clamor tu buen oído:
 Haz salvo á mí tu siervo dolorido;
 Seré salvo, Señor, de tí guardado.

Tú eres mi virtud, mi fortaleza:
 Jamás, ni en mi vejez, me desampares;
 Tú seas mi paciencia, mi firmeza.

Tu suma bondad loen mis cantares:
 Publicará mi lengua sin tristeza
 Tu ley en todos tiempos y lugares.

**Al principio y medio y fin de nuestra creación,
 redención y salvación, Jesucristo, nuestro Señor,
 Verbo encarnado.**

Principio, medio y fin del alma mía,
 Dulcísimo Jesús, Verbo encarnado,
 De Tí mi corazón está prendado,
 De Tí mi vida pende noche y día.

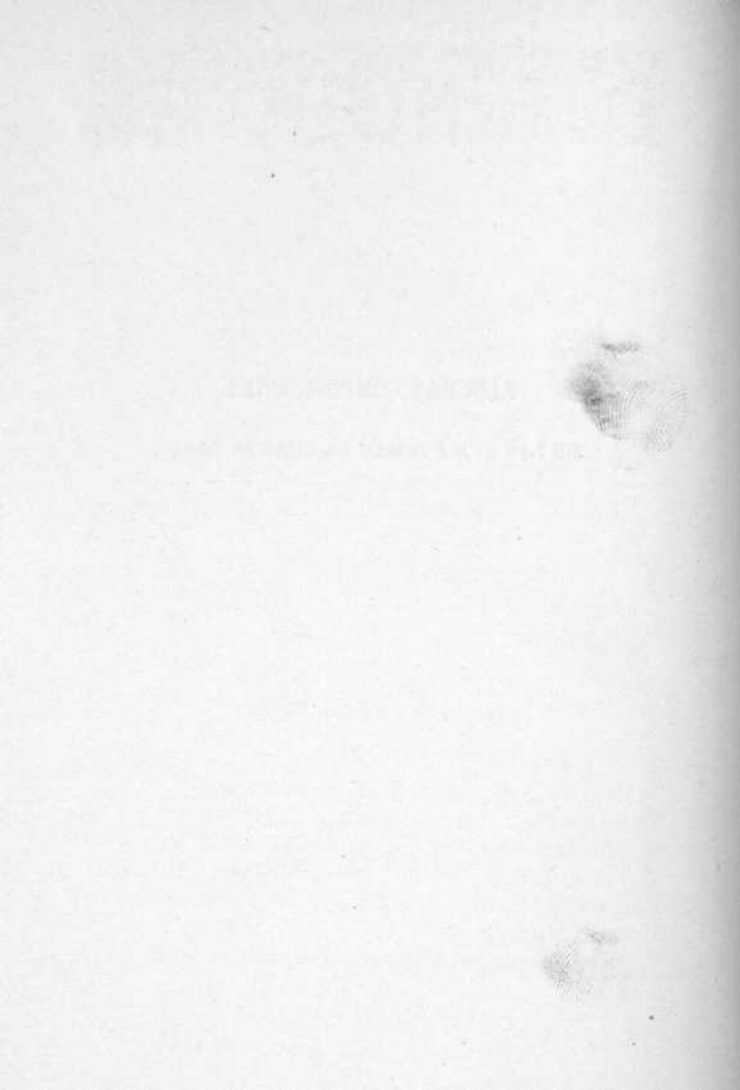
Adórote, mi Dios, mi luz, mi guía,
 Mi Rey, mi salvador del Padre enviado,
 Mi paz, mi Redentor, mi bien amado,
 Mi gloria, mi esperanza, mi alegría.

¡Bendito tal principio y fin eterno!
¡Bendigo yo tal medio y medianero,
Por quien somos librados del infierno!
¡Bendito Dios y hombre verdadero,
Rey alto de los reyes sempiterno!
Tu gracia nos da tú, santo Cordero.



ALGUNAS COMPOSICIONES

DE LAS QUE FORMAN LA CUARTA PARTE





ALGUNAS COMPOSICIONES DE LAS QUE FORMAN
LA CUARTA PARTE



Canción á nuestra Señora.

Vos sois, mi Señora, mi bien celestial,
Mi honra, mi gloria, mi gozo, mi vida,
Mi lilio, mi rosa, mi flor escogida,
Mi lumbre, mi estrella, mi luz inmortal.
Ya veis, vista buena,
Mi culpa, mi pena:
Rogad al Señor me guarde de mal.

Vos sois, Virgen madre, mi reina gloriosa,
Dotada de gracias y dones sin cuento,
De grandes virtudes y merecimiento,
Bendita, sagrada, del todo graciosa.
Por Vos, mi esperanza,
La gracia se alcanza:
Habedme tal don, ¡oh perla preciosa!

Vos sois, dulce Virgen, mi dulce consuelo;
Vos sois con Jesús mi norte, mi guía;
Valedme, Señora, de noche y de día,
Si leo, si escribo, si duermo, si velo.
Rogad, os suplico,
Por mí pobrecico:
No hallo favor en todo este suelo.

Oíd, ángel mío, mi voz, mis clamores;
Oíd mis suspiros en fuego encendidos;
Resuenen mis metros en vuestros oídos;
Aceptos os sean sin muchos primores.
Mi reina y señora,
Sed intercesora:
Por Vos nos dé Dios sus altos favores.

Contemplo, medito que sois, Virgen pura,
La madre y la hija de Dios verdadero,
La esposa divina del Rey medianero,
La más escogida de Dios en natura.
Quien vió vuestro gesto
Hermoso y honesto,
Vió la perfección de toda hermosura.

¡Oh, quien alcanzase, Señora, tal suerte,
Tan alto favor, tan buena ventura,
Que viese muriendo yo vuestra figura!

Haría tal vista dichosa mi muerte.
Quien tal vista vió,
Jamás se perdió.
Tus ojos, mi ángel, á mí los convierte.

Por Vos vuestra flor y fruto precioso,
¡Oh Virgen sin par! Jesús nos resciba;
Y sirva, no mande, la carne captiva;
Pues es el espíritu el más valeroso.
Con vuestro favor
No tendré temor.
Yo espero por Vos de ser victorioso.

A nuestra Señora

*¿Qué sería yo sin tí,
Reina mía?
¿De mí sin tí qué sería?*

¡Oh mi reina, mi esperanza,
Mi consuelo!
Todos te den alabanza,
Tierra y cielo.
Por vivir mirarte suelo,
Luz del día.
¿De mí sin tí qué sería?
Con los crecidos favores
Que recibo,
Das alivio á mis dolores;
Por tí vivo.

Muestras á tu vil captivo
Recta vía.

¿De mí sin tí que sería?

Cuando mi alma se queja
Dolorida,

Por tí su dolor la deja,

Flor florida;

Por tí Jesús de mi vida

Luz me envía.

¿De mí sin tí qué sería?

Tienes á mi corazón
Poseído;

Con tu gran consolación

Favorido;

En tí halla, entristecido,

Su alegría.

¿De mí sin tí que sería?

Contemplo yo cuando vino
A tí Gabriel,

Madre del Verbo divino,

Enmanuel.

De tí tal panal de miel

Se confía.

¿De mí sin tí qué sería?

¡Feliz tú que tal tesoro
Concebiste!

Al niño Jesús adoro

Que pariste.

A Dios hombre tu nos diste,

Virgen pía.

¿De mí sin tí qué sería?

Cuando me paro á pensar
Lo que te debo,
Como no puedo pagar,
En tí me elevo. (1)
Más recibo, más me cebo,
Más querría.

¿De mí sin tí qué sería?

 Mi ánima te suplica,
Fresca rosa,
La dés favor, como á chica
Mariposa.

En tí posando, reposa,
¡Oh María!

¿De mí sin tí que sería?

 Eres, Virgen, el real medio
De valor,
Por donde viene el remedio
Al pecador.

En tí con mi Salvador
Mi alma fía.

¿De mí sin tí qué sería?

Al dulce Jesús

*Vos sois, dulce Jesús mío,
Vida de la vida mía.
Yo sin Vos no viviría.*

Como el aire trasparente
Del sol claridad recibe,

(1) Es decir, me arrobo, me extasio.

Ansí mi alma pendiente
 De Vos tiene ser y vive.
 Por Vos quien muere, revive:
 Vos sois mi luz y mi guía.
Yo sin Vos no viviría.

Todo es aire tenebroso,
 Donde vuestra lumbre falta:
 Da ser muy maravilloso
 Vuestra gracia, do se esmalta
 Luz verdadera, luz alta,
 Clara de noche y de día.
Yo sin Vos no viviría.

El orbe todo sostiene
 Vuestra virtud y potencia;
 Todo bien de Vos nos viene;
 Vos sois la misma sapiencia;
 Vos sois ¡oh suma clemencia!
 En quien mi alma confía.
Yo sin Vos no viviría.

Vuestro nombre es inefable;
 Vuestra luz esclarecida;
 Vuestro ser es admirable;
 Vuestra gloria sin medida;
 Vuestra vida nos da vida,
 Buen Dios que todo lo cría.
Yo sin Vos no viviría.

¡Oh, si veros mereciese!
 ¡Oh, si en Vos me transformase!
 ¡Oh, si presente os tuviese!
 ¡Oh, si siempre os contemplase!
 ¡Oh, si ya de Vos gozase!

Mi alma descansaría.
Yo sin Vos no viviría.

Vos solo sois mi vivir,
Mi buen gozo, mi esperanza:
Vivir es por Vos morir;
Pues por Vos tal fin se alcanza.
Sois mi bienaventuranza;
Vos sois el fin de mi vía.
Yo sin Vos no viviría.

Pues nadie puede gozaros
En esta vida viviendo,
Por veros y contemplaros,
No tendré pena muriendo.
A Vos mi espíritu encomiendo;
De Vos mi alma se fia.
Yo sin Vos no viviría.

Ansí como mariposa
Que la candela requiere,
Mi alma jamás reposa;
Vos sois su luz, á Vos quiere;
En vuestro fuego no muere,
Mas vive con mejoría.
Yo sin vos no viviría.

Como fénix que se enciende
Para renovarse luego,
Mi alma, mi Dios, pretende
Renovarse en vuestro fuego.
De Vos pende mi sosiego,
Mi gloria, paz y alegría.
Yo sin Vos no viviría.

Vida tendría dichosa,
Quien en tal amor ardiese;
Y muerte santa, preciosa,
Quien por vos, Vida, muriese.
Si en Vos todo me encendiese,
Tal sacrificio os haría.
Yo sin vos no viviría.

A mi duro corazón
Como pedernal le veo:
Dadle con el eslabon;
Salga el fuego que deseo:
En Vos bien se emplearía.
Yo sin Vos no viviría.

Buen Jesús, nuestra salud,
Sanadme, y seré yo sano.
Yo sin Vos soy sin virtud,
Tierra, polvo, vil gusano.
Salvadme, Rey soberano,
Por vuestra clemencia pía.
Yo sin Vos no viviría.

*Vos sois, dulce Jesús mio,
Vida de la vida mía.
Yo sin Vos no viviría.*

A nuestro salvador.

*Pues viviendo muero y peno
Yo por ti,
No te apartes, Jesús bueno,
Tú de mí.*

Por tí morir es vivir,
Buen amor;
Dame para bien morir,
Tu favor.
Pues á tí, Rey nazareno,
Yo me dí,
*No te apartes, Jesús bueno,
Tú de mí.*

Es, mi Rey, tu cruz mi gloria
Esclarecida,
Mi esperanza, mi victoria,
Luz, paz, vida.
Mi corazón, pecho y seno
Te ofrecí;
*No te apartes, mi amor bueno,
Tú de mí.*

Por tu gracia muy preciosa
El alma clama;
Con tales arras tu esposa
Bien te ama.
Aunque yo de bien ajeno
Te ofendí,
*No te apartes, mi Dios bueno,
Tú de mí.*

Canción.

*En la vida desabrida
Es la muerte buena suerte.
En la vida está la muerte,
En la muerte está la vida.*

¿Quién puede llamar vivir
Al vivir de este desierto;
Pues se cuenta ya por muerto,
Quien vive para morir?
Más es muerte dolorida
Que vida, guerra tan fuerte.
*En la vida está la muerte,
En la muerte está la vida.*

Para vivir vida cierta,
Hemos de vivir muriendo.
Viva el espíritu venciendo;
La carne quede por muerta.
Espere vida florida,
Quien al sumo bien advierte.
*En la vida está la muerte,
En la muerte está la vida.*

Como grano de simiente
Que por mejor se podrece,
La carne muerta florece,
Revive resplandeciente.
Recuerde, si está dormida,
El alma, vele, despierte.
*En la vida está la muerte,
En la muerte está la vida.*

Es yerro buscar placer
 En lo vano, corruptible.
 En aquel bien invisible,
 Corazón, pon tu querer.
 A tal blanco dirigida
 Tu flecha de amor acierte.
*En la vida está la muerte,
 En la muerte está la vida.*

De trabajos y tormentos
 Es esta vida presente:
 No siente quien no los siente
 Entre tantos descontentos.
 Lo dulce que nos convida,
 En pura hiel se convierte.
*En la vida está la muerte,
 En la muerte está la vida.*

En aquella vera gloria
 Los ojos claros pongamos;
 A Jesús gracias pidamos,
 Pidamos nos dé victoria;
 Pues la más dulce bebida
 En un momento se vierte.
*En la vida está la muerte,
 En la muerte está la vida (1.)*



(1) Como ha podido notarse, los versos 5.º y 6.º de la 3.ª estrofa son, poco mas ó menos, los mismos con que empiezan las Coplas de Jorge Manrique á la muerte de su padre, el Conde de Paredes, de las cuales es una imitación la siguiente bellissima poesia.

Meditación.

¡Oh alma! si tú tuvieras
Tales alas, que volaras
A los cielos!
Allá volando te fueras,
Do descansando gozaras
Mil consuelos.

Allí pudieras gozar
Del sumo bien que deseas,
Con mil dones;
Allí no vieras pesar,
Ni contienda, ni peleas,
Ni pasiones.

Allí cuanto vieras, fuera
Todo santo, todo bueno,
Todo sano,
Todo muy de otra manera,
Que lo del mundo terreno,
Todo vano.

Todo cuanto el mundo adora,
Y precioso le parece,
Todo junto,
Todo se pasa en una hora,
Todo vemos que parece
En un punto.

Los Papas, Emperadores,
Los señores de gran suerte
Y principales,
Los mayores y menores,

Todos, viniendo la muerte,
Son iguales.

Lo bueno que acá se alaba,
La riqueza y hermosura,
Todo vuela.

¡Oh, cuán en breve se acaba!
¡Oh, cuán poco tiempo dura!
Alma, vela.

Contempla lo verdadero,
Lo celestial, lo divino;
Ten memoria;
Y sigue al manso Cordero
Con tu cruz por el camino
De la gloria.



VARIAS COMPOSICIONES
DE LAS QUE SE HALLAN AL MARGEN DE LA
SEGUNDA PARTE



VARIAS COMPOSICIONES

DE LAS QUE SE HALLAN AL MARGEN DE LA

2.^a PARTE

Versos líricos al Nacimiento.

Alegre y dulce canto
La rienda afloja al gozo y alegría;
Pues hoy el vientre santo,
Fecundo de María
Al cielo gloria, al suelo paz envía.

Hoy la fresca mañana
Derrama su rocío aljofarado
En la tierra serrana;
Hoy reverdece el prado,
Del cielo con injurias agostado.

Hombres, vení, adoremos
Al tierno niño, eterno, omnipotente;
Vereis los dos extremos
En uno juntamente,
Al hombre rico, á Dios tan pobrementemente.

A Dios tan disfrazado,
Del villanaje zafio revestido,
Al hombre tan privado,
Rico y ennoblecido,
Que su naturaleza á sí la ha unido.

Viste de su librea
La humilde esclava á Dios y en sí lo encierra;
Y por que firme sea
La paz, sin tener guerra,
Queda Dios por rehenes en la tierra.

¡Oh noche de alegría!
¡Oh noche clara, alegre y venturosa!
¡No noche, sino día!
En tí la dulce esposa
En brazos de su esposo ya reposa.

¡Gloria! ¡gloria y contento
En el sagrado parto de María!
Afloje el pensamiento
La rienda á la alegría;
Resuene el dulce canto y melodía.

Por la clara vidriera
Pasó aquel sol divino, tan lumbroso,
Que dejándola entera,
Hizo el parto glorioso,
Cuanto fué celestial y milagroso.

¡Oh noche venturosa
En que amanece el sol y dicha mía
Con luz pura y hermosa,
Que á todos de sí envía!
¡Oh noche! ya no noche, sino día!

Brota el pimpollo tierno
En esta tierra Virgen consagrada,
En medio del invierno,
Sin haber sido arada,
Ni con labranza humana cultivada.

En la concha dichosa
De la Virgen bendita se ha criado
Una perla graciosa,
Que es un rubí preciado,
Hermoso, blanco, verde y colorado.

El sol resplandeciente
En el signo de Virgen ha ya entrado,
Su cumbre refulgente,
De entrambos ilustrado
El mundo, por se ver Dios humanado.

Hoy el pimpollo tierno,
Después de la sazón triste y nublada
Del encogido invierno,
De aquella vara hermosa
Hoy brota en primavera deliciosa.

¡Gloria! ¡gloria, contento!
Que ya sale el divino sol de Oriente,
Y alumbrá al firmamento
Y aquella pobre gente
Que en noche había vivido ciegamente.

Otros al mismo asunto.

Del alto y dulce seno
Del Padre eterno el Verbo hoy ha bajado
A dar un gozo lleno
Al hombre condenado,
De su misma hechura enamorado.

Pelean en su pecho
Su amor, mi desamor, el fuego, el yelo;
Y estando en tal estrecho,
Buscando algún consuelo,
Sospira y tiembla el mismo rey del cielo.

Sospira tiernamente
Por despertar el sueño del olvido
Al hombre mansamente;
Mas ¡ay! que no ha sentido
Tan grande amor; que el hombre está adormido.

El frío del invierno
Congojado le tiene sollozando;
Mas luego su amor tierno
Le está regocijando,
Y así se goza y junto está llorando.

Revuelve áquellos ojos
Con un dulce mirar y gran ternura:
Duélenle mis enojos,
Y más ver su hermosura
No más hacer en mí, que en piedra dura.

Sus ojos hechos fuentes,
Dos caudalosos ríos se mostraban;

Los de María presentes,
En ellos se abrevaban,
Y á veces con suspiros se ayudaban.

Canción á la Columna.

Verbo del Padre eterno,
Luz de la lumbre soberana y pura,
Retrato de la divina hermosura,
En quien de cielo y tierra está el gobierno,
Cordero manso y tierno,
Mayorazgo del cielo regalado,
Fuerte león temido y adorado,
Decid, ¿qué ha sido esto,
Que en tan estrecho puesto,
Atado á una columna agora os veo,
Pagando vos las culpas que poseo?

Las legiones armadas
Derriba en tierra una palabra vuestra:
¿Para qué dais de vos tan alta muestra,
Si después de las gentes derribadas,
En siendo levantadas,
Consentís tan afable y tan humano,
Que el escuadrón sacrílego, inhumano
Os traiga, Señor, preso?
Y no contento de eso,
Para tener de vos mayor seguro,
Atan el cuerpo tierno á un mármol duro!

¿No yela el mármol frío,
Jesús dulce, ese pecho delicado,
Que tiene en sí encubierto y encerrado
El que con soberano poderío
Modera el fuerte brío
Del espantoso mar y airado viento?
A tal ofensa, tal contentamiento.
Esto, Señor, espanta;
Suspende, admira, encanta,
Que siendo vos á quien el cielo adora,
Esteis tan manso y tan humilde agora.

¿La sogá no lastima,
A la garganta y manos apretada,
Jesús dulce, esa carne delicada,
Digna de ser tenida en tanta estima?
Fuerza será que imprima
Y que deje señal de su dureza,
Esa, Señor, que ofende tal terneza,
Teniendo así añudadas
Las manos consagradas
Que hicieron la máquina del mundo,
Y romperán las puertas del profundo.



ROMANCES

FORMATION



ROMANCES

A la Encarnación.

Paseándose anda Dios
Por su eternidad sagrada,
Cuando le vinieron nuevas
De una hija de Santa Ana,
Antes santa que nacida,
Ante los cielos criada,
Y en la presencia divina
Ab æterno preservada.
Missus angelus Gabriel
Con soberana embajada,

Ave, dijo, *gratia plena*:
La Virgen quedó turbada.
Con aquel *ave* tan dulce,
Eva en ave fué tornada.
¿Cómo puede ser aquesto,
Siendo de varón privada?
—Vendrá el Espíritu Santo
Otra vez en tu morada;
De la virtud del muy alto
Tienes de ser alumbrada,
Y la palabra divina
Será en tu vientre encarnada.
—*Ecce ancilla*, respondiera
La Virgen santa humillada:
Hágase en mí, Dios eterno,
Conforme á la tu palabra;
Y en el instante que el *fiat*
Dijo con humildad santa,
Verbum caro factum est
Por la redención humana.

Al Nacimiento

I.º

Mira el limbo Lucifer,
Do los santos residían:
Gritos dan niños y viejos,
Y él de nada se dolía.
¡Qué tiranía!

En aquella escuridad,
Do tiene puesta su silla,
Viéndolos tan humillados,
Él más se ensoberbecía.

¡Qué tiranía!

Voces dan los Patriarcas,
Que subyectos los tenía;
El clamor de los Profetas
Hasta los cielos subía.

¡Qué tiranía!

Un cordero lo está oyendo
En los brazos de María,
Y con lágrimas muy dulces
Diciendo está: Madre mía,

¡Qué tiranía!

Viéndose tan orgulloso,
Me quiso usurpar mi silla;
Y no contento con esto,
Al hombre engañado había.

¡Qué tiranía!

Agora por libertalle,
Nací yo en noche tan fría;
Y el dejalle libertado,
Me ha de costar la vida.

¡Qué tiranía!

2.º

En el medio de la noche,
Cuando está más descuidado,
Y puesto en mayor silencio
Todo el mundo sosegado,

Al gran seno de Abraham
Un mensajero ha llegado.
Manda que cesen las voces,
Y cese el llanto pasado,
Y le presten atención,
Para darles un recado.
Y en medio de todos estos,
En alta voz ha hablado:
Cesen, padres, los gemidos;
Descanse el pecho rasgado
De dar voces por remedio
Contra este mal del pecado;
Deje Adám de lamentar
Su ventura y triste hado;
Tome el rey David su arpa,
Y entone un cantar no usado;
Que los ángeles del cielo
Hoy en la tierra han cantado;
Mude el llanto Jeremías,
Que tanto tiempo ha llorado;
Y si preguntais por qué,
Sabed que agora ha llegado
A la ciudad de Bethlém,
Y en un portal se ha apeado;
Dios, que os viene á rescatar
De la culpa y del pecado.
Levántese un alarido,
No triste y desconcertado,
Sino con tanto concierto,
Que el infierno esté turbado;
Y prosigan la canción
Que el mensajero ha empezado:

¡Gloria á Dios en las alturas,
Que á su Hijo nos ha dado!

3.º

Mañana de Navidad,
Al tiempo que alboreaba,
Gran fiesta hacen pastores
Por Bethlém y su comarca,
Revolviendo sus cayados,
Haciendo bailes y danzas,
Al son de dulces zampoñas
Y de rabeles y gaitas.
El pastor que á Dios ha visto,
¡Oh, qué bien se señalaba!
Y el que á velle no ha venido,
No saltaba, ni bailaba.
Míranselo las virtudes
De la tierra levantadas,
Entre las cuales hay dos
Que de Dios son muy amadas:
La una es *Misericordia*,
Otra *Justicia* se llama;
Y por estar diferentes,
Agora no se hablaban.
Es la una piadosa,
La otra rigurosa y brava;
Mas, al fin, *Misericordia*
A *Justicia* preguntaba:
¡Ay, *Justicia*, hermana mía!
¿Cómo estás de amor tocada?
¿Cómo ahora rigor no tienes,

Y ante éste muéstraste mansa?
Justicia no le responde,
Que á disimular probaba;
Mas viendo ser importuna,
Respondió algo turbada:
Importuna eres, amiga,
Aunque discreta, pesada
En querer saber de mí
Una tan nueva demanda:
Y pues lo quieres saber,
Ve do los pastores bailan;
Verás á Dios hecho niño;
Verás su hermosura y gala,
Su gentil disposición,
Su lindo donaire y gracia,
Del cual siempre fui querida,
Estimada y regalada:
Mas agora que ha nascido
Vestido de carne humana,
Puestos tiene en tí los ojos,
A tí quiere, y á tí ama.
Misericordia responde,
La voz amorosa y baja:
¡Ay, Justicia! ¡Cuán en vano
Vives en eso engañada!
Que si el niño Dios me quiere
Mucho más que publicabas,
Por esto no te desecha,
Ni de tí él se apartaba;
Que aunque su misericordia
Sobre todo sojuzgaba,
También es justo jüez,

Y con rigor castigaba.
Si celos te hacen guerra,
Vive ya desengañada;
Que nunca Dios, por mi parte,
Te estorbará la demanda.

4.º

Por Bethlém gime y sospira
El rey David donde estaba;
Porque dentro de ella tiene
El sumo bien que esperaba.
Saltos daba de alegría
En el limbo donde estaba;
Los ojos hacia Bethlém,
De esta manera hablaba:
¡Oh ciudad mía querida!
Mi alma en tí se alegraba;
Pues en tí nació el consuelo
Y la salud deseada.
Remedio del alma mía,
¿Cómo estás en tal posada?
¡Pobre niño, en un pesebre,
Sin otro abrigo ni cama!
Pues has de ser mi rescate,
Para bien sea tu llegada.
Tu sangre ha de ser el precio,
No ha de ser oro, ni plata.

5.º

Regocijo hay en el suelo;
Grande música se oía
En noche serena y clara,
Cuasi la media sería.
Son ángeles los que cantan
Con suave melodía:
Regocíjase una fiesta,
Cual nunca visto se había;
Y es que el Hijo de Dios padre
Al mundo se descubría.
Y aunque suena desde lejos,
La letra muy bien se oyía:
¡Gloria sea en las alturas;
Pues el mismo Dios la envía!
Por subir al hombre al cielo,
La gloria al suelo venía,
Y en un pesebre temblando,
Llorando sin alegría,
Siendo Dios vivo y eterno,
Padece por culpa mía.

6.º

El Hijo de Dios eterno,
Que de amor niño nacía,
De frío y hambre llorando,
A su madre así decía:
¡Ay, alma mía!

El amor que está encerrado,
Mis lágrimas derretía;
Ablanda el corazón duro;
Ámame, Dios soy, decía.
¡Ay, alma mía!
Nazco porque tú renazcas;
Moriré por darte vida;
Daré sangre por salvarte;
Lloraré por tu alegría.
¡Ay, alma mía!
Tiembla Dios por esforzarte;
Por tu gloria se encogía;
Por darte el cielo, un pesebre
Toma, y desde él te decía:
¡Ay, alma mía!
Ven, ama á Dios, que es ya hombre,
Ven, esposa amada mía;
Que se ha puesto entre animales;
Porque el hombre de él huía.
¡Ay, alma mía!
Por tí el inmenso se abrevia;
Vuelve en llanto el alegría;
Padezco yo omnipotente;
Amor llorar me hacía.
¡Ay, alma mía!
Soy más fuerte que tú y lloro;
Pues lloro por tí, alma mía:
Llora, alma, que me ofendiste;
Pues llorar hecho me habías:
Llora, enjugaré mis ojos;
Llora, y darte he mi alegría.
¡Ay, alma mía!

A la Oración del Huerto.

Ya se parte el Rey del cielo
De aquella santa ciudad,
Y vase para el arroyo
Que Cedrón suelen llamar,
Donde está el Monte Olivete,
Que es un espeso olivar,
Y en aquel huerto se aparta
Cuasi solo, para orar.
Sólo tres tomó consigo,
Que más no quiso llevar:
A San Pedro, y á Santiago,
Y á su querido San Juan,
Para que fuesen testigos
De este rescate humanal.
Y de estos tres apartado
En un decente lugar,
Las rodillas en la tierra
Con muy profunda humildad,
Sus sacros ojos alzados
A su Padre celestial,
Abre su divina boca,
Comienza de suplicar:
Padre mío, si es posible
Que yo no haya de pasar
Este cáliz temeroso
De mi muerte corporal,
Porque la carne es enferma,
Suplico á tu Majestad,
Transeat á me calix iste,

Si hay posibilidad;
Y si no puede ser menos,
Hágase tu voluntad.
Spiritus quidem promptus;
Mas esta carne mortal
Me compele, Padre mío,
Esta muerte rehusar.
Estando en esta agonía
De esta batalla mental,
La oración continuaba
Con mayor proligidad.
De la angustia que sentía,
Comienza de trasudar
Un sudor de viva sangre,
Contra todo natural.
Por su reverendo rostro
Comienzan á destilar
Aquellas gotas sanguíneas,
A la tierra van á dar,
Y de este sudor cubierto,
De allí se fué á levantar.
Vido un angélico paje,
Vestido de claridad,
Que el sumo Padre le envía
Del cielo á le cohortar: (1)
Con la embajada del Padre
Le comienza á esforzar,
Va á buscar su compañía
Con ardiente caridad:
Donde los había dejado,
Allí los vino á hallar,

(1) Esto es, confortar, alentar.

Absortos en grave sueño,
Causado de gran pesar.
Nuestro Dios, con mansedumbre,
Se llegó á los recordar,
Diciendo: ¿Nunca podistes
Un poco tiempo velar?
Levantad, queridos míos,
No es tiempo de reposar;
Levantáos, que viene cerca
Aquél que me ha de entregar.
Con ministros pontificios
Y sceptro sacerdotal,
La turba de fariseos
Y la mano popular,
Todos con mano muy fuerte
Llegan á le aprisionar.
Pregúntales á quien buscan:
Que á Jesús van á buscar,
Responden á una voz;
Y Él dice, sin se negar:
Yo soy: si por mí vinisteis,
Dejad éstos ir en paz,
Y llevadme solo á mí,
Y en prisiones me echad.
Estas palabras diciendo,
Sin dejarlas acabar,
Judas muy apresurado,
Se comenzó á adelantar;
Y el traidor, falso, engañoso,
Les había dado señal
Diciendo: á quien yo besare,
Poned en captividad.

VILLANCICOS

VILLANOVA



VILLANCICO CONTRAHECHO AL QUE DICE:

Niña por quien yo suspiro.

*Buen Jesús, por quien suspiro,
Duelan os ya mis enojos;
Pues sois el Dios de los ojos,
De los ojos con que os miro.*

—
Sois el bien de mi querer;
Sois mi descanso y mi gloria;
Sois el bien de mi memoria;
Sois por quien yo tengo el ser:
Sois el blanco donde tiro,
Para no tener enojos,
*Y sois el Dios de los ojos,
De los ojos con que os miro.*

Sois, mi Dios, suma hermosura,
Sumo bien, sumo primor;
Sois todo un suave amor;
Vos sois la misma dulzura.
Y pues soy vuestra figura,
Mi Jesús, por quien sospiro,
Mirad, no quiteis los ojos
De los ojos con que os miro.

Solo sois el que alegráis
Aquestos ojos llorosos,
Si con esos tan graciosos
Alguna vez me miráis.
Y es cierto, si os olvidáis
De mirarme, que yo espiro;
Porque dan vida esos ojos
A los ojos con que os miro.

Y pues sólo con mirarme
Quedo yo rico y dichoso,
No queráis, niño gracioso,
De tal consuelo privarme:
Porque esos ojos quitarme,
No hay para mí mayor tiro;
Que son niñas de los ojos,
De los ojos con que os miro.

En la fiesta de la la Circuncisión

*Niño que en tan tierna edad
Tales muestras da de amor,
¿Qué no hará cuando mayor?*

Suelen los niños amar;
Pero múdanse muy presto;
Que su amor es agua en cesto
Cuanto al crecer y durar.
Mas niño que entra con dar
Prendas de sangre y dolor,
¿Qué no hará cuando mayor?

Dar triste gusto en sufrir
Lo que ofende á los sentidos,
Es de pastores curtidos,
Que van perdiendo el sentir.
Mas niño que por curtir,
Está tan diestro pastor,
¿Qué no hará cuando mayor?

Es tan frágil nuestro ser,
Y más al que está en pañales,
Que no hay sacar por señales
Quién, ni cuanto ha de querer.
Mas niño que ha de crecer,
Y ama ya con tal fervor,
¿Qué no hará cuando mayor?

A la Ascensión

*¡Oh, quién pudiera, mi Dios,
Tanto favor alcanzar,
Que os pudiera acompañar,
Y al cielo subir con Vos!*

De lo que la carne cría
¡Oh, quién tan limpio estuviera,
Que hasta el cielo pudiera
Ir en vuestra compañía!
Y siendo la guía Vos,
Me sacárades de afrenta,
Y fuera el alma contenta
De acompañaros, mi Dios.

No estimara tanto el ser
Señor del poder del suelo,
Como el ir con Vos al cielo,
Do siempre os pudiera ver.
Y de estas riquezas dos
Si me dieran á tomar,
Tomara os acompañar
Hasta el cielo, eterno Dios.

Quintillas á la Encarnación

Hoy el Verbo consagrado
En una virgen encarna,
De puro amor abrasado,

Por quitar la roña y sarna
Que nos quedó del pecado.

Entra en una virgen pura,
De pecado no tocada,
Quedando la cerradura
Antes y despues cerrada
De su virginal clausura.

Por inefable manera,
De solo Dios entendida,
Entró en la virgen entera,
Cual suele, sin ser rompida,
El sol por la vidriera.

Y fué en ella el Redentor
Como en espina la rosa;
Da de sí fragante olor,
Sin corromper en sí cosa
De su substancia y valor.

A la Columna

*Siendo vos justo, yo el reo,
¿Cómo os amarran, Dios mío,
A ese mármol duro y frío?*

¿Cómo siendo yo el culpado,
Estais, Dios eterno, ansí,
Sino por librar á mí
De la cárcel del pecado,
Y para que ansina atado,
Me dé algun calor y brío
Ese mármol duro y frío?

¡Oh, quién tan dichoso fuera,
 Ó tal favor alcanzara,
 Que vuestras manos besara
 Atadas de tal manera,
 Ó que llorando pudiera
 Ablandar el llanto mío
Ese mármol duro y frío!

Diálogo entre Dios y el hombre

H.—Niño Dios, ¿quién os da guerra?

¿Quién os hace así llorar?

D.—Amores me han de matar:
 Por ellos vengo á la tierra.

H.—Si venís preso de amor,
 ¿Cómo estais, mi Dios, llorando?

D.—Éstoyme considerando
 Las ansias del pecador.

H.—Muy gran misterio se encierra,
 Mi Dios, en vuestro llorar.

D.—Sí, que amor me ha de matar,
 Y por él vengo á la tierra.

H.—Frío, lágrimas, pobreza
 Teneis, mi Dios soberano.

D.—Por dar al linaje humano
 Calor, placer y riqueza.

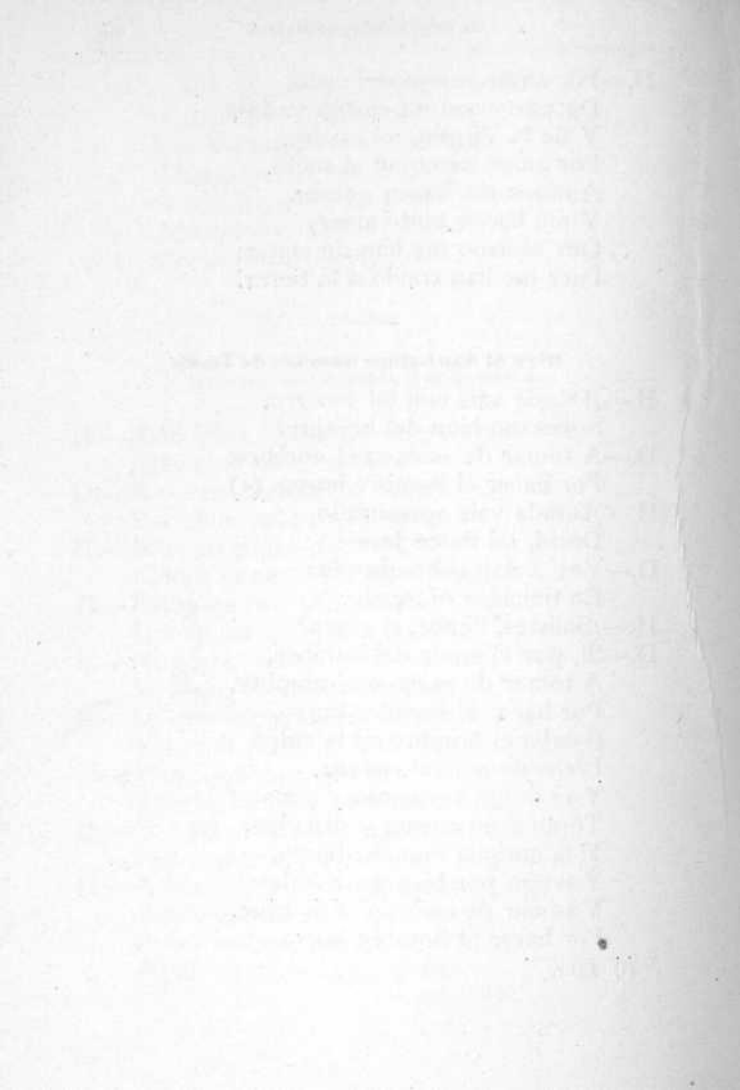
H.—Amor, mi Dios, os destierra;
 Amor os trajo á penar;
 Amor os hace llorar;
 Amor os tiene en la tierra.

D.—Por amor vengo del cielo,
Do estoy con mi eterno Padre,
Y de la Virgen, mi madre,
Por amor nazco en el suelo.
Amores me hacen guerra,
Y me hacen tanto amar,
Que al cabo me han de matar;
Pues me han traído á la tierra.

Otro al Santísimo nombre de Jesús

H.—¿Dónde vais con tal socorro,
Soberano bien del hombre?
D.—A tomar de esclavo el nombre,
Por hacer al hombre horro. (1)
H.—¿Dónde vais apresurado,
Decid, mi dulce Jesús?
D.—Voy á dar al hombre luz
En tinieblas ofuscado.
H.—¿Salistes, Señor, al corro?
D.—Sí, por el amor del hombre,
A tomar de esclavo el nombre,
Por hacer al hombre horro.
Estaba el hombre en la culpa
Preso de mortal cadena,
Y el dolor, tormento y pena
Tomo á mi cuenta y disculpa.
Y la antigua mancha borro;
Y tengo por bien ser hombre
Y tomar de esclavo el nombre,
Por hacer al hombre horro.

(1) Libre,





POESÍAS INÉDITAS

—DE—

DON JUAN DE ARAMBURU

SONETOS



SONETOS

Despierta, corazón endurecido,
En vanas esperanzas regalado;
Tú, alma, deja ya el bajo cuidado,
Y tú, memoria, el trato que has tenido.

Levanta el pensamiento distraído,
En torpes vicios puesto y ocupado;
Ojos, ya no mireis lo acostumbrado,
Y, pies, volved atrás por do habeis ido.

Cesen ya las palabras, lengua mía,
Que dan muestras de bajo entendimiento;
De hoy más no trateis cosas del suelo.

Acábese hoy aquí lo que solía
A todos mis sentidos dar contento:
Subid, lengua, alma, pies, ojos, al cielo.

No es tiempo ya de no tener templanza;
La vida se nos pasa sin sentilla;
El tiempo, como sombra, vuela y trilla
Nuestra dañada y falsa confianza.

Batalla es nuestra vida, y en balanza
Está nuestra victoria, y resistilla
Podemos, y vencer, si no se humilla
La parte que del cielo nos alcanza.

Pero, si la derriba con su brío
La parte sensual, y toma aliento,
La guerra se nos torna desvarío.

¡Oh, soberano Dios, en quien confío!
¡Favor, favor del cielo y vencimiento!
No se pierda por mí lo que no es mío.

Dejadme en paz, ¡oh duros pensamientos!
Básteos el daño y la vergüenza hecha;
El tiempo ya pasó; ¿qué os aprovecha
Inventar sobre mí nuevos tormentos?

Si me engañé con vanos movimientos,
Mi alma ante los pies de Cristo se echa;
Que su bondad en regla tan estrecha
No mira si hay en mí merescimientos.

Verdad, justicia y el dolor presente
Me llevan á la fin por sus jornadas,
No con mi fuerza, mas por Dios guiado.

Y cuando la esperanza me es ausente,
Si vuelvo el rostro y miro las pisadas,
Tiemblo de ver por donde me han llevado.

A Sant Francisco

Amaba Sant Francisco en tanto grado
Al Redentor del mundo, que quisiera
Morir mil veces, si posible fuera,
Con él en una cruz dura enclavado,
Y sentir la herida del costado,
Los clavos, los azotes, de manera
Que en él y su pobreza el mundo viera
A Jesucristo en parte retratado.

En esto, Dios, que á nadie nunca olvida,
Con cinco llagas hizo que sintiese
Dolores y tormentos bien extraños.

Y es maravilla que el dolor pudiese
Llevar á Cristo en breve de esta vida
Y á Sant Francisco no, hasta dos años.

Dulce Redentor mío, que mi muerte
Venciste con poner por mí la vida,
Dando vida á la vida con tu vida
Y muerte con tu muerte á nuestra muerte.

En la muerte triunfaste de la muerte,
Dejándonos por ella eterna vida,
Para que sea tu muerte al bueno vida
Y al malo y pecador tu vida muerte.

De la muerte pasaste á gloria y vida,
Por cerrar el camino de la muerte,
Prometiéndome al que hiciste eterna vida,

Si valerse supiere de tu muerte;
Pues que le fuiste ejemplo en muerte y vida,
De su vida defensa y de su muerte.

¡Oh, muerte dulce, suave y deseada
De la alma justa y de su Dios ansiosa!
Quien os tiene por brava y espantosa,
Muestra que sabe muy poquito ó nada.

Vos sois el dulce fin de la jornada
De aquesta vida triste y trabajosa;
Vos sois seguro puerto, do reposa
La nave de esta vida atormentada;

Vos sois un sueño muy ligero y breve,
Malo para el que está de Dios ajeno,
Y ansí de solo el malo sois temida.

Para el que hace con Dios lo que se debe,
Sois sueño deleitoso, dulce y bueno;
Que bien morir no es muerte, sino vida.

— — —

La diligencia es madre de la buena ventura.

¿Quién sois, señora?—Soy la diligencia,
¿Quién es la que teneis debajo el pie?
—Pues lo quereis saber, yo os lo diré,
Es la hambre, hija de la negligencia.

¿Qué cuerno es ese de magnificiencia,
Que tan lleno teneis no sé de qué?
Decídmelo, que cierto me holgaré.
—El cuerno de abundancia y providencia.

Hacedme, pues, señora, esta mercé,
Que me digais ahora una verdad:
¿Porqué vienen y van tantas hormigas?
—Pues me lo preguntais, señor, sabé,
Que no se alcanza la prosperidad,
Sin padecer trabajos y fatigas.

POESÍAS VARIAS



POESÍAS VARIAS

Contra la perversa y herética gente luterana que se halló en España y se hizo justicia de ella en Valladolid y Sevilla. Y el primero que fué hallado se llamaba, no sin misterio, Cazalla, Año del Señor de mil y quinientos y cincuenta y nueve años, veinte y ocho de Mayo, día de la Santísima Trinidad. (1)

Ps. 8.

Cant. 2. (2)

*A la caza, cazadores!
Pues tanta caza se halla,
A caza, á caza, á cazalla.*

El ave que toda es pluma,
En la misma liviandad:
La tiranna libertad

(1) Publicamos esta composición atendiendo, no al mérito literario, que es bien escaso, sino al interés histórico que encierra.

(2) Al final de la composición léese lo siguiente: *Ps. 8. Volucres caeli mystice appellantur pseudo prophetae et heretici, quos capit Xps. Cant. 2. Capite nobis vulpes parvulas, quae demoliuntur vineas, nam vinea nostra floruit, inquit idem sponsus Christus.*

Manda Dios que se consuma,
Manda, por que no presuma
La soberbia derriballa:
A casa, á casa, á casalla.

Manda Cristo, rey glorioso,
A la Santa Inquisición,
Que vele con atención
En tiempo tan peligroso.
De tal caza cobdicioso,
Dice clamando, no calla:
A casa, á casa, á casalla.

Las aves del psalmo octavo,
Las raposas del Cantar
Son las que manda cazar
Y dellos todos dar cabo.
La fe con obras alabo;
Fe sin obras abrasalla:
A casa, á casa, á casalla.

El summo pontificado
Del Pontífice romano,
Como trono soberano,
Debe ser muy venerado.
Es hereje condenado
Quien á él no se avasalla:
A casa, á casa, á casalla.

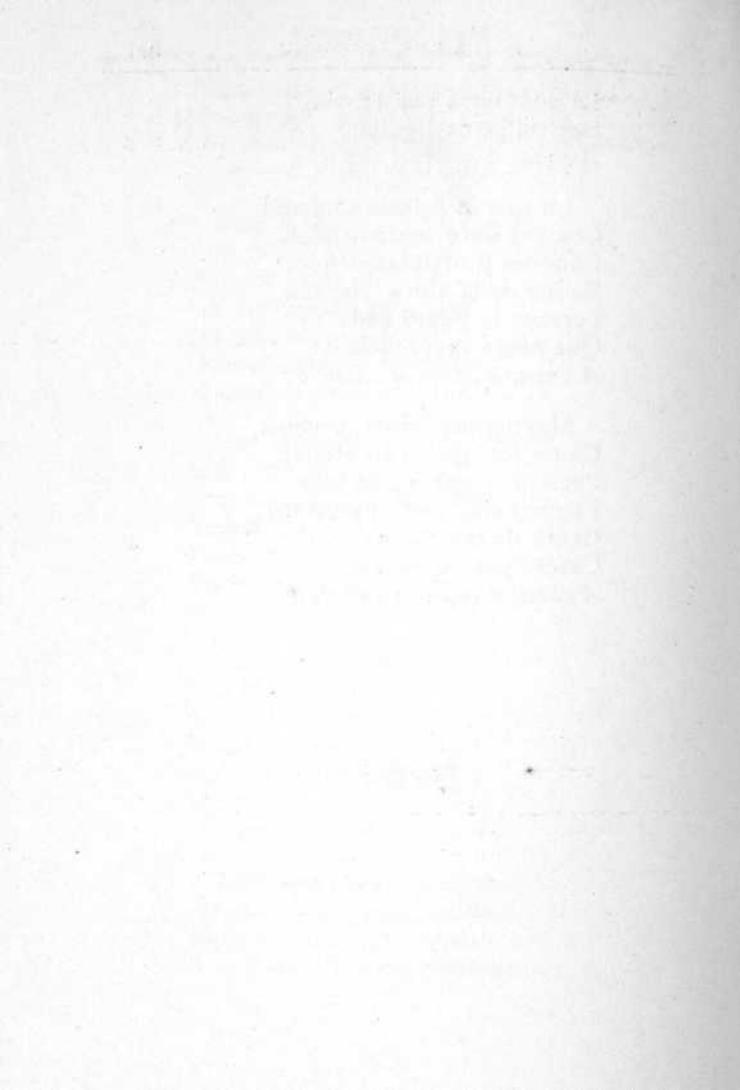
Débese gran reverencia
Al gran Vicario de Cristo;
Pues en tal lugar es visto
Tener tan gran escelencia.

La contumaz resistencia
Destruilla, castigalla:
A casa, á casa, á cazalla.

La sancta Iglesia romana,
Con sus siete sacramentos,
Cánones y mandamientos,
Es luz de la alma cristiana.
Perezca la gente vana
Que niega reverencialla;
A casa, á casa, á cazalla.

Mueran los falsos profetas
Como los que mató Helías;
Pues tiran por malas vías
Flechas con yerbas secretas.
Gente de tales saetas
Cázese para quemalla:
A casa, á casa, á cazalla.







Versos líricos

*Homo quidam descendebat de
Hierusalem ad Ferico, incidit in
manus latronum.*

¡Oh, suerte desdichada!
¡Oh, triste de mí pobre y abatido!
La muerte ya es llegada,
Y estoy muy mal herido,
Sólo porque al antojo di oído.
Aquí en este desierto
Llagado los ladrones me dejaron,
A golpes quasi muerto;
De todo me privaron;
En mí su cruel saña ejercitaron.

¡Oh, mozo sin ventura!
El premio aquí tendrás que mereciste,
Pagando tu locura
Y el mal que cometiste;
Pues que el mejor camino no seguiste.

¡Qué poco me duró
Aquel deleite vano que tomaba!
En pesar se tornó!
¡Qué ufano yo andaba,
Sin ver lo que el demonio aparejaba!

¡Oh, Rey omnipotente!
Mire vuestra bondad, no mi pecado;
Socorred prestamente
A mí pobre, llagado,
Que yo mudaré vida muy de grado.

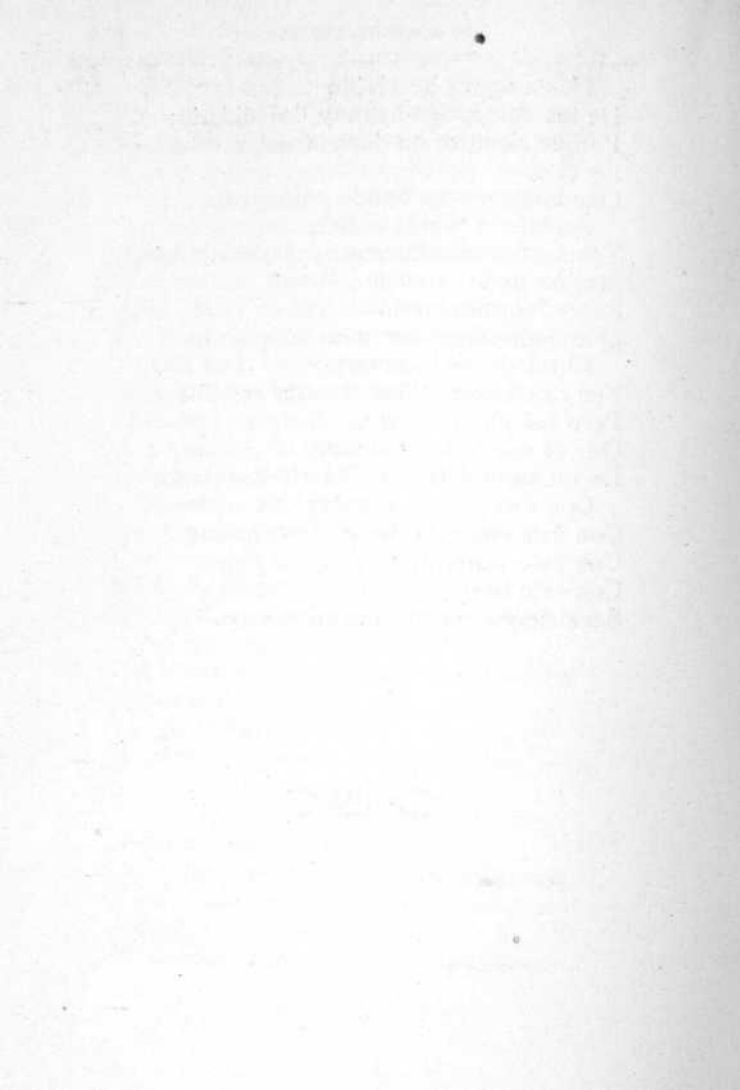
Nuestros antepasados
En el yermo de Vos fueron oídos,
Con maná recreados,
En todo socorridos;
Mirad, Señor, mis quejas y gemidos.

No quereis vos la muerte
Del hombre, mas que viva y esté sano:
Quien á vos se convierte,
Luego le dais la mano,
Remedio le poneis muy soberano.

Jesú, dulce Dios mío,
En cuya gran virtud y gran clemencia
Quanto puedo confío,
Alumbra mi conciencia,
Y haz que haga del pecado penitencia.

Hasta agora he vivido
De tus cosas, Señor, muy descuidado;
Porque siempre he dormido
En el ciego pecado,
Que tanto me ha tenido sojuzgado.
Andaba á rienda suelta,
Tus santos mandamientos quebrantando;
Mas he dado la vuelta,
Señor, considerando
Que tengo de morir y no sé quando.
El miedo de la muerte
Fué causa que saliese de este estado;
Pero fué de tal suerte,
Que el miedo fué mudado
En un amor filial que Tú me has dado.
Con éste quiero amarte;
Con éste subjectarme y ser captivo;
Con éste venerarte;
Con este buen motivo
Servirte y adorarte mientras vivo.







Octavas á la Ambición.



¡Oh hija de soberbia presunciosa,
De todos ambición tan deseada,
Así entre gente ilustre y valerosa,
Como entre gente un poco levantada!
¡Quán mala, cuán perversa y cuán dañosa
Te muestras al captivo que te agrada!
Pues ha de sustentar, por sustentarte,
Mil penas que le cargas de tu parte.



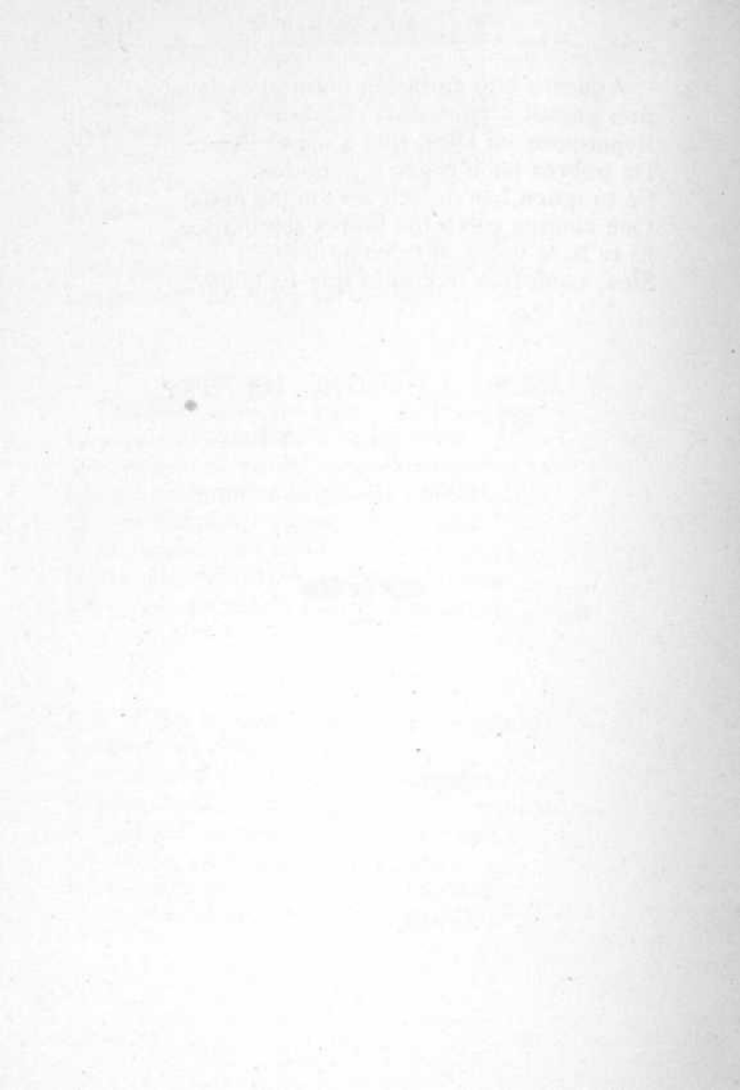
No acabo de entender la gran locura
Que hace el que se precia de tenerte;
Que busca en sustentarte desventura,
Y al fin le abates más y das la muerte.
El cuerdo que te huella, no se cura
Sino es de lo que Dios le da por suerte;
Y tú pones al hombre en pensamiento
De fabricar castillos en el viento.

También á los de bajo y pobre estado
Los quieres someter á tu bandera;
Que al que se ve del cieno levantado,
La sed de subir más es más entera:
Que el escudero quiere ser letrado,
Y el jurado ser conde ó duque espera,
Y los que del altar nos sustentamos,
De grado en grado mitras deseamos.

Y al fin, buscando aquestas vanidades,
Pasamos el discurso de la vida
Con actos y con muestras judiciales,
Perdiendo el sueño y gusto en la comida.
Y quiere Dios que cuando cosas tales
Os tienen ya la honra proveída,
La incierta muerte viene sin sentillo,
Y os pone á la garganta su cuchillo.

Aquesto que ambición contino ordena,
Son gustos y contentos disfrazados;
Esperemos en Dios, que á mano llena,
De pobres hace reyes y perlados.
Sé tú quien has de ser, no tengas pena;
Que aunque estén tus loores sepultados,
El te hará valer, si te cumpliere,
Sino, conforma te con lo que El quiere.





LÁGRIMAS DEL APÓSTOL SAN PEDRO

—DE—

JERÓNIMO DE LOS COBOS

LÁGRIMAS DEL APÓSTOL SAN PEDRO

Dirigidas á la muy Illtre. Sra. D.^a María de Mendoza

NOTICIA

acerca de este poema y de su autor.



LÁGRIMAS DEL APÓSTOL SAN PEDRO



Con este título inserta D. Juan de Aramburu, entre sus poesías, una larga composición en octavas reales, escrita por Jerónimo de los Cobos y dedicada á la muy ilustre señora Doña María de Mendoza.

Ocupa el poema desde el fol. 445 al 449 del vol. 55; y como más adelante, hacia el fin del volumen, van las octavas á la Flagelación de Jesús, que, como en otro lugar dijimos, compuso

Aramburu en Septiembre de 1590, claramente se deduce que aquél debió ser escrito antes de esta fecha. Su autor, según esto, no pudo inspirarse en las *Larmes de Saint Pierre* que, con otros versos sobre la Pasión y algunas paráfrasis sobre los himnos del año, publicó Roberto Estienne en París, en 1606, dedicadas á Mr. Phelypeaux; pero pudo conocer, y conocería sin duda, no sólo las 42 primeras estancias del poema *Lagrime di S. Pietro* de Luis Tansillo, que salieron á luz en Venecia, el año 1560, sino también el poema entero, publicado en 1585, y hasta la imitación francesa, hecha por Malherbe en 1587. Esto no obstante, la obra de Jerónimo de los Cobos, fuera del pensamiento ó asunto, nada tiene de común con la del famoso poeta italiano. El poema de Tansillo es una obra maestra, compuesta de 13 lamentaciones ó cantos, mientras que el de nuestro poeta hállase reducido á 66 octavas, dignas de ser conocidas, y no publicadas, que sepamos, hasta el día.

El nombre del poeta aparece en el MS., formado por una abreviatura, que, bien interpretada, no puede significar otra cosa que Jerónimo; toda vez que se compone de una J y una R mayúsculas enlazadas y la sílaba *mo* sobre el trazo peculiar de la R, prolongado en sentido horizontal. Ahora bien, ¿quién fué el tal Jerónimo? No lo sabemos; y por el pronto, sólo nos aventuramos á sospechar, si perteneciendo, como es de suponer, al antiguo y principal linaje de los Cobos, sería oriundo de Ubeda ó de Baeza, donde tanto

abundan los caballeros de este apellido. ¿Sería tal vez el ilustre ubedano D. Diego de los Cobos y Molina, arcediano de Coria y obispo sucesivamente de Avila y de Jaen, que falleció en 1565? Creemos que no, por más que muy bien pudo suceder que no estampase su nombre al frente del poema, por seguir la costumbre de ciertos teólogos y religiosos que, como dice D. Cristóbal de Cabrera en el prólogo de su *Instrumento espiritual*, aunque hacían sonetos, no los divulgaban por su gravedad, lo cual hizo que el mismo Cabrera no pusiese el suyo en el librito *Flores de Consolación*, que escribió á ruego del primer Arzobispo de Méjico y de la primera Marquesa del Valle.

La circunstancia de hallarse el poema entre las poesías de D. Juan de Aramburu, que, como hemos dicho, vivía en Roma, parece indicar que su autor residió también en Italia; y en este caso nada tendría de extraño que se hubiese hallado al servicio del tercer duque de Sesa, D. Gonzalo Fernández de Córdoba, que por aquel entonces desempeñó el cargo de gobernador de Milán, y había emparentado, por su mujer, con la familia de los Cobos. Sea de esto lo que quiera, diremos, para concluir, que la ilustre dama á quien va dedicado el poema, y á la cual, como se infiere de la octava tercera, consagró ó pensaba consagrar el autor algunas otras composiciones, no debe de ser otra que doña María de Mendoza, condesa de Ribadavia y esposa de D. Francisco de los Cobos, Comendador mayor de León, Adelantado perpétuo de Cazorla, Contador mayor de Casti-

lla, del Consejo de Estado, y primer secretario del emperador Carlos V, ó doña María Sarmiento de Mendoza, hija de ambos, y mujer del referido D. Gonzalo.

M. M.





Lágrimas del Apóstol San Pedro.



Sospiros tristes, llanto doloroso,
Del tierno pecho lágrimas sacadas
De aquel Apóstol que antes valeroso,
Se ofreció por su Dios á mil espadas;
La flaqueza de un ánimo famoso
Y entrañas de divino amor tocadas
Quiero cantar, si puede acá en el suelo
Hombre mortal decir cosas del cielo.

De España honor, clarísima María,
Del nombre de Mendoza primer gloria,
Que con ejemplo raro y nueva guía
Al templo enderezais de la victoria
Con vida tal, que contra la porfía
Del tiempo durará vuestra memoria,
Mientras por bien tan alto y sin segundo
Valiere el ruego universal del mundo,

Ya que en la tierna edad que por hermosa
Admirasteis á todo el universo,
Cantar no pude la beldad famosa
Con digno ingenio y con estilo terso,
Agora esa virtud vuestra gloriosa
Será subyeto de mi prosa ó verso,
Consagrando con otras esta historia
Al renombre inmortal de vuestra gloria.

El magnánimo Pedro, que jurado
Había á su Dios con pecho esclarecido,
Que hasta morir lo hallaría á su lado,
Y por aquesta fe era dél querido,
Cuando vió en el aprieto haber quebrado
La palabra que dió á su amargo olvido,
Las llagas que en Jesús sus ojos vieron,
Con mil puntas el pecho le hirieron.

Mas los arcos que á la luna le acertaron,
Las flechas que más daño le hirieron,
Fueron ojos de Dios que lo miraron,
Rayos del Sol de vida que le hicieron,
Que las duras entrañas traspasaron
Y en su alma tales llagas imprimieron,
Que hubieron menester por las heridas
Con lágrimas ungirse doloridas.

Tres veces había dicho á la atrevida
Criada y á su falsa compañía
Y jurado que en días de su vida
A Jesús ni tratado ó visto había;
Y el gallo de maldad tan conocida
Llamó tres veces por testigo al día,
Cuando, apenas tan gran pecado visto,
Encontraron sus ojos los de Cristo.

Cuál al encuentro de los ojos bellos
El desdichado Pedro quedaria,
Solamente lo pueden decir ellos,
No lengua de ángel, cuanto más la mía.
Parecía que Cristo en sólo vellos,
Cercado de enemigos, le decía:
¿Ves cómo me ha salido verdadero
Lo que te dije, amigo ingrato y fiero?

No se ve tan al vivo en el espejo
Una figura en vidrio cristalino,
Como aquel punto el miserable viejo
Vió su pecado en el mirar divino.
Ni oído de hombre, ni mortal consejo
Sentir ú oír podrá, aunque de continuo
Tengan cien años ambos este intento,
Lo que conoció Pedro aquel momento.

Del amor que antes hubo allí tocado,
Y de su ingratitud apercebido,
Leyó en aquellos ojos su pecado,
Y su remedio en ellos vió esculpido;
Y como verdadero enamorado,
A la lengua poniendo eterno olvido,
Con sus ojos hablaba y respondía
A aquellos ojos que ofendido había.

Del uno aquel mirar lengua ligera,
El otro presta oreja ser mostraba;
Del maestro la vista lastimera
A la de su discípulo hablaba;
Y aquel coloquio tan sentido era,
Y aquel encuentro tanto penetraba,
Que Pedro en tanta confusión oía
Cuanto en Jesús el dulce amor decía.

“¡Ay, ingrato discípulo medroso!
¿Qué es de lo que creiste y admiraste?
¿Qué es del esfuerzo y ánimo brioso
Que entre tus compañeros blasonaste?
Más siento ese negar tuyo afrentoso,
Que la muerte y la cruz que recelaste;
Más que estas crudas llagas, la alma y vida
Me pesa desa boca la herida.”

“Ninguno hallé fiel, ninguno amigo
De tantos que por míos he admitido;
Y tú más que los otros enemigo,
Con quererte más que á ellos, me has salido.
Ellos con sólo huir me han ofendido;
Tú me negaste, y por cruel testigo
Estás con esos, de la pena mía,
Porque te quepa parte de alegría.”

¡Quién una á una recitar pudiese
Las palabras de enojo y de amor llenas,
Que es de creer que Pedro conociese
Del sagrado mirar de las Serenas!
Luces entiendo menester hubiese,
De la fuente divina ricas venas,
Para decir lo que en el pecho humano
Puede un rayo de vista soberano.

Como falda de nieve ya cuajada
Que en invierno en el valle está escondida,
Del sol de primavera regalada,
Se deshace y va en agua derretida,
Ansí la culpa que en el pecho helada
De Pedro estaba en su maldad crecida,
Cuando Dios á él sus ojos volver quiso,
Derretida en su llanto se deshizo.

El rostro que poco antes había estado
Teñido de color obscura y muerta,
Por la sangre que al pecho había bajado,
Dejándole la cara fría y yerta,
De los ojos divinos alentado
Se tornó llama, y por la misma puerta
Que entró el temor, huyó, y para que venza,
El campo dejó libre á la vergüenza.

Y aunque el dulce Maestro de repente,
Al mirarle, á su gracia lo tornase,
Su amor no quiso que con voz doliente
Toda la vida de llorar dejase.
Y en el cantar del gallo eternamente
Hizo el grave dolor que despertase,
Nuevas lágrimas dando al viejo duelo
De haber sido traidor á Dios del cielo.

No fué su llanto algun arroyo ó río
Que por calor extremo se secase,
O en la sazón del más ardiente estío
Sus presurosas hondas agotase;
Y con divino y esforzado brío
A la boca enseñó que suspirase
Con gemidos del ánima arrancados,
Por faltalle los ojos de cansados.

Viendo el triste cuán otro y diferente
De su primer estado se hallaba,
No sufriendole el pecho á estar presente
Al Señor que ofendió y así lo amaba,
Sin esperar si cruda ó si clemente
Sentencia el justo tribunal le daba,
Llorando amargamente, salió fuera
De aquella casa, donde el mal hiciera.

Con gana de encontrar quien digna pena
Diese á su error y á aquella desventura,
De mayor mal la mano le refrena
Por las tinieblas de la noche oscura.
De gritos ya su voz el ¡ay! resuena,
Y la vida que quiso ver segura
En negar á su Dios, aborrescía
Por la muerte cruel que merescía.



Vete, vida, de mí, decía gimiendo,
Donde alguien más amor que yo te tenga;
Vete, que no eres tanto bien, que siendo
Tan falsa tu hermandad, conmigo venga.
Vete, vida, de mí, que ya no entiendo
Seguirte, ó que tu miedo me entretenga,
Ni por más alargar tu espacio breve,
Matar el alma eterna que te mueve.

¡Oh, vida falsa, vida trabajosa,
Que por vivir acá tan cruda guerra,
Me has quitado del cielo la gloriosa
Y eterna paz! quien te desea en tierra,
Desea muerte vil y vergonzosa,
Y al que quiere dejarte porque yerra
Contigo, tú jamás quieres dejallo,
Con gana de á más grave mal guardallo.

¡Cuántos en tierna juventud dichosos
Por tu dilación fueron desdichados!
Que si antes de los años perezosos
De la vejez, de tí fueran librados,
Murieran más contentos y gozosos,
Que no vivieran de otros subyectados.
Ansí te tengo, vida, por mal fiero;
Porque te estás conmigo, aunque no quiero.

Mi pura fe no diera tal caída,
Si no estnvieras tú tanto conmigo,
Y si los años y la larga vida
No llevaran el seso mío consigo.
Pensara que ví dar la luz perdida
Al ciego, y lengua al mudo, y fuí testigo
De la divina gloria en los desiertos,
Y de dar vida y alma á cuerpos muertos.

Estas obras que el mundo y yo sabía,
Con gran razón debieran acordarme
Que á quien tan altas cosas hecho había,
Le fuera fácil de aquel mal librarme.
Mas, como el que de viejo no podía
Con seso deste golpe repararme,
Pensando reparar mi estrecha suerte,
Negué la vida, por temer la muerte.

En negar á mi Dios, negué quien era
La vida, do mi vida se deriva,
Vida quieta que no teme ó espera,
Ni es, como la nuestra, muerta ó viva.
Pues yo negué la vida verdadera,
No es ya razón que en esta falsa viva:
Vete, vida, que ya el verte me asombra:
Quien la verdad negó, niegue la sombra.

¡Oh, cuánto deben al dichoso hado
Aquellos niños que murieron santos,
Cuando Herodes con ánimo dañado
Por matar á uno solo mató á tantos!
Que incapaces de mal y de pecado,
A Dios volaron con purpúreos mantos,
Y como flores los traspuso al cielo,
Antes que los dañase viento ó yelo.

Cuanto les fué la infancia provechosa,
Tanto á mí daña la vejez tardía:
No negó á Dios su lengua gloriosa,
Cual le ha negado por temor la mía;
Antes por no poder con voz briosa
Declaralle el valor que en ellos vía,
Dejando abrir los cuellos con ternura,
Por palabras le dieron sangre pura.

¡Ay! con la lengua no, mas con la muerte
Predicaron á Dios, y Dios á ellos,
Y merecieron por valor tan fuerte
Tener antes coronas que cabellos.
¡Oh, cuatro veces venturosa suerte
Y dos mil veces venturosos ellos,
Que vieron la victoria y no la guerra,
Y al cielo fueron, sin pecar, de tierra!...

¡Con cuánto gozo recibiera el cielo
Aquellos angelicos venturosos,
Que iban á ocupar con presto vuelo
Los vacíos lugares gloriosos!
¡Con qué fiesta—que canto desde el suelo—
Irían con mil ángeles hermosos!
En vestidura blanca y colorada
En triunfo harían reseña señalada.

¡Oh gloria nunca oída! Cuando vino
El criador del cielo y de la tierra,
Desconocido al mundo y peregrino,
A rendir al tirano que hoy destierra,
Vinieron sin sabello á este divino
Hecho, y trabaron con valor la guerra,
Y los primeros de coronas fueron,
Teñidas en la sangre que vertieron.

Dichosas madres que del pecho vistes
Arrebatat los hijos delicados,
Como del nido suelen á las tristes
Aves robar milanos denodados,
Y las fajas quitar que les vestistes,
En su sangre los rostros anegados,
No lloreis más su muerte con porfía,
Dejadme á mí llorar la vida mía.

Si entenderais el fruto que saldría
Del rocío de su sangre inocente,
Sangre ¡ay! que aunque el suelo bañaría,
La guardaría el cielo eternamente,
Lloraríais, no su muerte, mas la mía,
Y tendríais por don alto, excelente,
Ser árboles de ramos tan hermosos
Y madres de soldados tan famosos.

Mas yo ¿qué he de hacer, sino es en llanto
El viejo cuerpo consumir penoso,
Y hacer fuentes mis ojos entre tanto
Que estoy en este mundo trabajoso?
Yo que negué de Dios el nombre santo,
Le pido un lloro eterno y doloroso.
¡Ay de mí! que bastara, si tan fuerte
Fuera como debía, á darme muerte.

Alma triste y malvada, ¿cómo puedes
Tener de tal error pena tan poca,
O que en un mar de lágrimas no quedas
Convertida por yerros de mi boca?
¿Y es posible que en tu dolor no acedes
El más sabroso gusto desta boca,
Y que no hagas que en temor del cielo,
Si fué poca la fe, sea mucho el duelo?

¿Podrán pagar mis ojos dolorosos
La culpa de la lengua arrebatada,
O igualar los tormentos más furiosos
La pena que por ella está obligada?
¡Ay! no; que ni los ángeles gloriosos
Salvar pueden una alma condenada,
Ni hay maldad como la mía ninguna,
Ni pena igual debajo de la luna.

•
Ansí llorando el viejo se abrasaba,
La cabeza tristísima inclinada,
Yendo por donde acaso le guiaba
El pie sin voluntad determinada.
Al fin, sin ver el triste donde estaba,
Por ventura, ó por luz de Dios sagrada,
Vió el huerto de do en el mismo día,
Siguiendo á su Señor, partido había.

Como padre afligido que con duelo
Se despide del hijo ya enterrado,
Llevado acaso del rigor del cielo
A do fuera el día antes degollado,
Y, viendo lleno de su sangre el suelo,
El miserable llanto renovado,
Pone de su dolor y sus querellas
Al cielo por testigo y las estrellas,

Ansí Pedro, que él solo más amaba
Que cuantos padres en el mundo ha habido,
Su llanto, viendo el huerto, renovaba,
Por ver que su Señor fué en él vendido.
Mas, cuando con sus pasos se encontraba,
El dolor le privaba de sentido,
Y en lágrimas bañando el santo suelo,
Con lastimera voz tocaba el cielo.

Cual si le hubieran ambos pies cortado,
Cayó á la fuerza del dolor rendido,
Besando la señal que había dejado
El pie de su maestro esclarecido;
El pié que tantas muestras había dado
De estar con celestial virtud unido,
Cuya señal entonces relucía
Entre todas las otras que allí había.

Si de tu gracia, que mi gran pecado
De mí apartó, decía, queda tanto,
Que con ella, Señor, haya alcanzado
A tocar la señal de tu pie sancto,
Que ver no puedo, porque la he bañado
Con mi continuo y doloroso llanto,
Si amor en mí algún tiempo conociste,
Muera yo donde tú los pies pusiste.

Sanctas señales de aquel pie estampadas
Que con inmortal paso pisó el cielo,
Que tierra ajena os tiene desterradas,
¿Sois vos las que admirasteis todo el suelo,
Estando en la mar honda señaladas,
Y con divino y milagroso celo,
Camino le hicisteis que siguiese
Un traidor, que después os ofendiese?

¿Quién podrá oír sin llanto dolorido
El galardón que de nosotros viste?
De doce que en el mundo has escogido,
A quien tu amor y tu doctrina diste,
Los diez te dejan, viéndote oprimido
De enemigos, con miedo bravo y triste;
Uno con gran maldad te entrega y vende;
Otro te niega, y es quien más te ofende.

¿Qué hombre hay tan cobarde y desalmado,
Si al enemigo ve mover la espada
A su cabeza, que se esté parado,
Sin defenderla con la mano alzada?
Que aqueste es de los miembros el cuidado,
Mirar no ofenda á la cabeza nada:
Siendo nosotros miembros, tú cabeza,
Nuestro es el golpe que hacia tí endereza.

Y yo de hazaña tal desacordado,
Y de mi poca fe reprehendido
En la misma costumbre del pecado,
Y de la fuerza del temor vencido;
Yo que vi el mar subyector á tu mandado,
Y manso el viento más embravescido,
No confié que de una vil sirviente
Me librara tu mano omnipotente.

Ay dolor blando! ¡Ay muerte perezosa!
¡Ay secos ojos, corazón de acero!
¡Ay vida falsa, triste y afrentosa,
Que por tu flaco estorbo no me muero!
¿Cómo es posible que tan baja cosa
La gloria de morir quite al mal fiero,
Y se diga en el mundo que ha vivido
Un momento quien tal ha cometido?

¿Yo negué á mi Jesús? ¿Estoy durmiendo?
Durmiendo debo estar; que no es posible
Que yo niegue al Señor á quien sirviendo
Está el mundo visible é invisible.
¿Y no traga la tierra al más horrendo
Pecador? ¿Y no esconde el más terrible
Mal que ha cabido en corazón humano,
Después que Dios le deja de su mano?..

Pues le negué, deséeme la vida,
Y fálteme la luz del día hermosa,
Y en alma tan malvada y dolorida
More una eterna noche y tenebrosa;
Hasta que con las lágrimas vertida
Vaya mi ofensa, y quede gloriosa
Mi vida de gozar con Dios la muerte,
Ya que tuvo en vivir tan triste suerte.

Y en tanto que á mi angustia sale el día,
Y se aplaca el rigor justo del cielo,
En llanto se deshaga el alma mía,
Dando á mis ojos un perpetuo duelo;
Para que, ya que fuí la obscura guía
De tan grave pecado, vea el suelo
Que Pedro, que su Dios había negado,
Con lágrimas eternas lo ha llorado.

Mas ¿qué disculpa tiene el ser llorada
Maldad que igual no tiene en lo criado?
¿Qué región hallaré tan apartada,
Qué piélago de mar tan alterado
Donde la esconda? No aprovecha nada;
Que para descubrir tan gran pecado,
Las peñas del desierto hablarían,
Y las furias del mar se amansarían.

Pues triste ¿qué haré, que mi tormento
Me acaba y no puedo ¡ay! acabarme;
Que de tan grave culpa el sentimiento
Me da vida, por más tormento darme?
Fálteme el bien y fálteme el contento;
Pues que tan mal del mal supe guardarme:
Jamás merecer puedo cosa buena,
Sino según la culpa haber la pena.

— — —

Ansí lloraba el viejo dolorido,
Cuando de llanto y de dolor cansado,
Cayó sobre la tierra amortescido,
Y de un profundo sueño fué ocupado,
Que bañó con el agua del olvido
El miserable cuerpo fatigado,
Haciendo, como suele, que soñase
Visiones con que el duelo acrescentase.

— — —

Representó á la triste fantasía,
En el lugar del huerto más sagrado,
Una infinita y sancta compañía
De ejército glorioso, arrodillado
A las claras señales que allí vía,
Y su dulce Maestro había estampado,
Que en acordadas voces entonaban
Las devotas endechas que cantaban.

El manto blanco conoció y la oscura
Saya que Elías á su gente diera
En memoria de la alta Virgen pura,
Que adoró en profecía verdadera.
Mostrábase en la blanca vestidura
La tormenta del mar horrible y fiera
De que libró al francés junto al Carmelo
La Princesa sanctísima del cielo (1).

Par dél vió estar un clérigo glorioso,
Que la Iglesia apostólica seguía,
A quien por celo de almas milagroso
Jesús su nombre dió y su compañía.
Al indio extraño, al persa poderoso
El estandarte de la cruz envía,
Y librando mil hombres del profundo,
Reforma con su sancta gente el mundo.

(1) Indudablemente alude aquí el poeta á San Luis, rey de Francia, y á la tormenta que se desencadenó sobre la numerosa flota con que se dirigía de la isla de Chipre á la costa de Egipto, para dar principio á su primera cruzada. He aquí la relación de Joinville, testigo presencial de aquel primer contratiempo: "El rey, dice, llegó el día de Pentecostés al fin de una punta de tierra, que llamaban la punta de Lymeson; pero acaeció un gran desmayo esta vez; porque de más de mil ochocientos caballeros que habían partido para ir con el rey, no se hallaron con él en tierra más que setecientos; y todos los restantes un viento horrible que vino del Egipto, los separó de su camino y de la compañía del rey, y les arrojó á Acre y á otros países estrangeros bien distantes, y no los volvió á ver el rey en mucho tiempo."

La punta de Lymeson, á que arribó San Luis, no es otra que el cabo Carmelo, desde el cual regresó á rehacer su escuadra al puerto de Limiso, de donde había partido. Quizá en esta ocasión fué cuando el santo rey persuadió á los ermitaños del monte Carmelo á que se trasladasen á Francia, de donde pasaron á Italia, España, Inglaterra y otras naciones de Europa.

De manto blanco y negro variados,
En soledad como ángeles viviendo,
Estaban mil de mitras coronados,
La sancta Iglesia universal rigiendo.
En dos coros devotos apartados,
A veces el cantar santo diciendo:
Antonios y Baslios los primeros,
Benitos y Bernardos los postreros.

De pardo obscuro un Santo vió vestido,
Despreciada la púrpura preciosa,
Que mudaba el estilo esclarecido
De su prudencia humana milagrosa
En otro más seguro y más subido
De la vida del yermo religiosa.
La piedra con que el pecho lastimaba,
Que él era Sant Hierónimo mostraba.

Un sancto Obispo después destos había,
Que, vestido de negro, ser mostraba
Luz primera y mayor de teología,
Y quien más tiernamente á Dios llamaba;
Propicia estrella y venturosa guía
Del que en las religiones navegaba,
Tan abrasado en fuego soberano,
Que trujo el corazón siempre en la mano.

De blanco y negro con disfraz hermoso
Estaba el Español esclarecido,
Más que los otros triste y doloroso,
Llorando de los hombres el olvido.
Con fuerte diestra y dardo valeroso
Reprime de los perros el ladrido,
Y predicando con divino celo,
Abre con sus discípulos el cielo.

Tras ellos, ojos en el suelo, estaban
Los Serafines que en la tierra moran,
Que por domar los cuerpos que habitaban,
En clausura y silencio eterno lloran.
Estos á las estrellas igualaban,
Que con rayos de luz el cielo doran;
Y con hábito nuevo y vida extraña
De la Cartuja los traspuso España.

Alta humildad en vida gloriosa
Mostraba un Santo de sayal vestido,
Que en la difícil regla religiosa
Tuvo el grado más alto y más subido.
Virtud del cielo en alma venturosa,
Señal divina en cuerpo acá nacido
Le hicieron singular entre la gente
Y santo entre los santos excelente.

Hermoso ramo de la más florida
Planta que toca con la cumbre el cielo,
Que contra las raíces de tu vida
Te levantaste á Dios con presto vuelo,
Y mereciste ver en tí esculpida
La imagen del Señor que adora el suelo,
Teniendo con milagro señalado
El mortal cuerpo, pie, mano y costado,

Alcanza, pues mejor llorar supiste
Que yo, lo que llorando no he alcanzado;
O hayas de vivir, ó ya viviste
En la tierra de Dios tan regalado,
Merezca yo el perdón que mereciste,
Y no vea á Jesús de mi apartado.
Esto soñaba Pedro que decía,
Cuando le despertó la luz del día.

El agradable sombra de pecados
De la lóbrega noche se quitaba,
Y de Titón la esposa sus dorados
Cabellos con dolor triste arrancaba.
Flores marchitas de sus más rosados
Cestillos sobre el mundo derramaba,
La luz con que otras veces dora el suelo,
Cubierta de un nubloso y negro velo.

El sol salió tras ella con tristeza,
Entristeciendo el doloroso suelo;
Llevando el carro de oro con pereza
Sus ligeros caballos por el cielo;
Con dolor encubriendo su belleza;
Los ojos eclipsados con el duelo;
Sin corona de rosas matutinas,
Por ver á su Criador una de espinas.

El aire estaba todo emponzoñado;
El cielo entre mil nubes escondido;
El más astuto pájaro y osado
Con pavor se quedó dentro en su nido:
Oíase con son desacordado
De buhos desdichados el ruido;
El suelo terremoto amenazaba,
Y el agua de la fiera mar bramaba.

Creció la confusión, creció el gemido
En Pedro, al despuntar el claro día,
Quedando más lloroso y afligido
Por las señales que en el cielo vía.
Lloraba en ver al sol escurecido;
Lloraba en ver la tierra que se abría;
Lloraba en ver turbado el claro cielo,
Y lloró cuanto estuvo en este suelo.

BATALLA DE LA MUERTE

—DE—

PEDRO DE SAYAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

BATALLA DE LA MUERTE,
LA CUAL SE DIÓ AL EMPERADOR D. CÁRLOS Y Á OTROS XIV
GRANDES QUE CON ÉL FUERON, EL AÑO DE 1558.

NOTICIA

acerca de este poema y de su autor.



BATALLA DE LA MUERTE



El segundo poema que D. Juan de Aramburu inserta entre sus poesías, se intitula *Batalla de la Muerte, la cual se dió al emperador D. Carlos y á otros XIV Grandes que con él fueron, el año de 1558*; ocupa desde el folio 409 al 418, y como se lee á la derecha de un grabado en madera, alusivo al asunto, y pegado con mucha curiosidad debajo del título, *compúsola Pedro de Sayago*, seguramente el mismo que escribió los *Romances imperiales de todos los emperadores romanos*,

desde Julio César hasta el emperador Maximiliano, impresos en Sevilla, en 1565. (1) El grabado á que nos referimos, recortado, sin duda, de alguna de las muchas obritas relativas á la muerte, que corrieron por toda Europa, acompañadas de láminas alusivas al asunto, como la titulada *Imágenes de la muerte*, impresa en Alcalá, el 1557, (2) representa á la Muerte con una pala en la mano y un ataúd debajo del brazo; á sus pies vense varias calaveras, algunas con tiara, mitra y corona real, y en una cinta que ondula en rededor de la figura, se lee: *Nemini parco qui vivit in orbe*.

La Batalla de la Muerte fué escrita en el mismo año de 1558, como se infiere de la quintilla 45.^a, ó quizá poco después, como parece desprenderse de la 4.^a, y su asunto viene á ser por el estilo del conocido en todas las literaturas de la edad media, inclusa la nuestra, con el nombre de *Danza general de la muerte*, (3) con la diferen-

(1) Por Alonso de Coca, en 8.º

(2) *Imágenes de la muerte traducidas en metro castellano, con una breve declaración sobre cada una de ellas etc.*: en casa de Juan de Brocar, en 8.º El carácter marcadamente germánico de los muchos y preciosos grabados en madera que la ilustran, y otras circunstancias de la impresión, hacen sospechar si ésta será alemana, no obstante sonar como de Alcalá.

(3) La que se conserva en la Biblioteca de MM. del Escorial, en un códice del siglo XV, se atribuye, con más ó menos probabilidad, al rabí D.º Sem-Tob, conocido por rabí D. Sancho, judío de Carrión. Publicola por primera vez Tiecknor el año de 1853, en el tomo 3.º de su *Historia de la Literatura Española*, y D. Florencio Janer, ignorándolo sin duda, dióla de nuevo á la estampa en Paris, en 1856. D. Pedro Miguel Carbonell, notario

cia de que en ésta, la Muerte llama á su danza á todos los mortales, sin distinción de clases ni condiciones, desde el Papa hasta el último bracero, oyéndola todos, llenos de espanto, y acudiendo por fin á la cita, y en aquélla, por más que aluda á menudo á su danza, límitase á decir á cada uno de los personajes á que se presenta, que ha llegado su fin, y que es forzoso que se dispongan cristianamente á abandonarlo todo y seguirla. Otro poema hay en castellano, y por cierto rarísimo, con el cual tiene también grande analogía: nos referimos á las *Coplas de la Muerte cómo llama a un poderoso caballero*, sacadas á luz con otras coplas á la muerte y otras coplas por Juan del Enzina; (1) sólo que en éstas la forma puramente narrativa en la *Batalla* y alternada en la *Danza*, se convierte en abiertamente dialogada y dramática, interviniendo en la ficción: la

(1) Sin lugar ni año (hacia 1530) 4.º let. got. Las *Coplas de la Muerte* están en endecasílabos, y su lenguaje parece del siglo XV, siendo, por tanto, uno de los primeros ensayos dramáticos hechos en nuestra patria.

público de Barcelona y Archivero general de la Corona de Aragón en la segunda mitad del siglo XV, tradujo al catalán la *Danza general de la Muerte*, en la misma clase de metro; y al mismo asunto, y copiando á veces las palabras del poema, compuso Juan de Pedraza, fundidor, y vecino de Segovia, una farsa consagrada al SS. Sacramento, é intitulada: *Farsa llamada danza de la Muerte, en que se declara como á todos los mortales, desde el Papa hasta el que no tiene capa, la muerte hace en este misero suelo ser iguales y á nadie perdona* etc. Débese pieza tan curiosa á la diligencia de D. José Wolf que, habiéndola encontrado en un tomo de farsas y églogas de la Biblioteca de los Duques de Baviera, la publicó íntegra con notas críticas y filológicas, en Viena, el año de 1852.

Muerte, que llama á la puerta y se anuncia como mensajero del *Rey mayor de Justicia*; un portero que, pretestando que su amo se halla á la sazón en un banquete con varios amigos, se niega á entrar á avisarle, y por fin lo hace, y el caballero que, fiado en sus muchos títulos y riquezas, desoye en un principio las intimaciones de la Muerte; trata después de sobornarla con dádivas y promesas, y, por último, se resigna á seguirla ante la halagüeña esperanza de que *será con los justos en el paraíso*.

El comienzo de la obra, que en la *Danza general* es un terrorífico pregón, parte dicho por la Muerte, y parte por un predicador, es en la *Batalla* una serie de reflexiones sobre la brevedad y miseria de la vida, á imitación de las de Jorge Manrique, precedidas de un ligero prólogo y una invocación á la Virgen y á la Santísima Trinidad, todo en quintillas, como lo restante del poema. Por lo que hace al mérito de éste, con decir que es obra del autor de los *Romances imperiales*, tan faltos de inspiración, como duros y desaliñados en el lenguaje, dicho se está que dista mucho de ser un dechado ni de versificación, ni de estilo; lo cual no obsta para que ofrezca grande interés bajo dos respectos; bajo el literario, por lo escasas que son las muestras de este género en nuestra literatura, y bajo el histórico, por las noticias que contiene acerca de los personajes que menciona.

M. M.



BATALLA DE LA MUERTE



Prólogo.

Cristiano y sabio lector,
No estés en ociosidad;
Pues que la suma bondad,
Cristo, nuestro Redentor,
Nos manda y dice: velad.

Cumple que todos estemos
Siempre bien aparejados;
Pues ya estamos avisados
Que la hora no sabemos
Cuando seremos llamados.

Entended bien lo que trato:
El hombre de toda suerte,
Para que se halle fuerte,
Cuando se le dé el rebato
Que da á todos la muerte.

Tengamos muy grande cuenta
Con el rebato pasado
Que á muchos Grandes ha dado,
El año de ocho y cincuenta:
Nadie viva descuidado.

Y para bien esperalla,
Y tener menos zozobra,
Leamos bien esta obra,
Que se llama la Batalla
De Muerte que á todos cobra.

Suplico á todo lector
Que leyere la presente,
Alabe al Omnipotente,
Y las faltas del autor
Calle, como hombre prudente.

Invocación.

Sanctíssima Trinidad,
En quien creo y he creído,
Inmensa, summa bondad,
Suplico á tu majestad
Que despiertes mi sentido.

Y á tí, Virgen singular,
Madre del Omnipotente,
Pido me quieras ganar
La gracia para hablar
En aquesta obra presente.

Comienza la obra.

Hombre sin conoscimiento,
Recuerda, no estés dormido;
Despierte ya tu sentido,
Contemplando que es un viento
Lo que vives y has vivido.
No estés ya más descuidado;
Procura ser diligente;
Piensa y mira sábiamente
Cual ha sido lo pasado
Y como va lo presente.

No te quieras confiar
En fuerzas, ni juventud:
En cuanto tienes salud,
Trabaja por bien obrar,
No esperes á senectud.
Procura estarte velando,
Pues es tan breve esta vida;
Apareja la partida;
Pues que no sabes el cuando
Desta tu tan cierta ida.

Mira los emperadores
Todos cuantos han pasado,
Cuantos reyes han reinado,
Papás y grandes señores,
Que ninguno se ha escapado.
Al más poderoso y fuerte,
Al más rico caballero,
Como al pobre jornalero,
A todos, todos la muerte
Los lleva por un rasero.

Mira los fuertes troyanos
Y griegos que los vencieron;
Contempla que se volvieron
En tierra y viles gusanos
Con cuantas fuerzas tuvieron.
Los romanos vencedores
De tantas generaciones,
Aquellos grandes varones,
¿Dónde están sus pundonores
Y sus vanas presunciones?

¿Dó está tanto principal
De aquel imperio romano,
Que vivieron tan en vano;
Pues pusieron su caudal
Todo en un triunfo profano?
Bien alcanzas á saber
Que estos y cuantos nacieron,
Todos tierra se hicieron,
Y lo mismo tú has de ser,
Como los pasados fueron.

¿Qué fué de tantos galanes
De todas esas naciones,
El mandar y divisiones
De Zúñigas y Guzmanes,
De Leones y Girones?
Los de Velasco y Mendoza,
Los de la Cerda y Guevara,
Y los Manrique de Lara,
A todos muerte destroza,
Y se los lleva á la clara.

Destos muy reverenciados
¿Adónde está su grandeza
Y aquel usar de franqueza
Con amigos y criados?
Dime, ¿qué es de su riqueza?
Aquel servirse y mandar,
Sus honras, sus invenciones
¿Qué fueron sino pasiones
Y gran dolor, al dejar
Las rentas y posesiones?

¿Dó están las damas hermosas,
Cuantas mi Dios ha criado,
El valor y grande estado
De las reinas poderosas?
¿No miras en qué han parado
Sus joyas y sus primores,
Sus tocados y vestir,
Y el bien querer se servir?
Todo esto les fué dolores
Al tiempo de su morir.

¿Tus padres, me dí, qué fueron,
Tus hermanos y parientes?
¿Qué fueron todas las gentes
Que en este mundo vivieron?
Dime aquesto ¿no lo sientes?
Muy claro está que murieron
Todos, bien ó mal obrando,
Y unos estarán gozando
Gloria del bien que hicieron,
Los otros del mal penando.

Pues dime, ¿no es gran locura
Que vemos esto pasar,
Y vamos todos á dar
Dentro de la sepultura,
Sin querernos enmendar?
Cantar mal y porfiar
Es lo que todos hacemos;
Que muy á la clara vemos
El bien que se debe usar,
Y á lo malo nos volvemos.

La perfecta caridad
Nadie la quiere seguir;
Todos procuran vivir
En tratos de vanidad,
Si bien lo quieres sentir.
Apenas verás un rico
Movido con piedad,
Que ande de voluntad
Visitando al pobrecico,
Si tiene necesidad.

¡Guay del rico y su riqueza
Que está lleno de contino,
Si á su prójimo y vecino
No remedia su pobreza,
Como manda el rey divino!
El rico con su grandeza
No cura de pobrecicos,
Sino con otros muy ricos
Gasta y usa de franqueza,
Y olvida á los pequenicos.

Nunca un rico da presente,
Sino á otro que le sobra,
Y sería muy mejor obra
Darlo al pobre y al pariente;
Pues en ello gloria cobra.
Mas, do maldad sobrepuja,
No le agrada esta conseja;
Porque está en costumbre vieja
De jamás dar una aguja,
Sino donde saca reja.

¡Válgame nuestro Señor!
Este mundo no lo entiendo.
Si en él acá bien viviendo,
Alcanzamos bien mayor,
¿Por qué andamos mal haciendo?
Con ser buenos, bien ganamos;
Con ser malos, mal habremos:
Pues esto claro sabemos,
¿Qué es la causa por que andamos
Tras los vicios que tenemos?

Vereis á unos andar
Siempre desasosegados,
Muertos y muy desvelados,
Por adquirir y allegar
Estos bienes emprastados.
Y cuando está más seguro
Con su casa aderezada,
Sale con la flecha armada
La Muerte detrás del muro,
Y dice: no teneis nada.

El que vive de tal suerte
Que procura á Dios servir,
Éste, se puede decir,
Que cuando venga la muerte,
No le da pena morir.
Y el pobre del pecador
Que obra mal en esta vida,
Cuando la muerte es venida,
Tendrá muy mayor temor
Al tiempo de su partida.

Pues despierte la memoria,
Y cada uno se entienda:
Por esta pobre hacienda
No perdamos tanta gloria,
Y haya en la vida enmienda.
Toma ese consejo, hermano,
Aunque estés de salud lleno:
Sey en el invierno bueno,
Y no esperes al verano,
Que es de congojas muy lleno.

Ya tú sabes, sin dudar,
Que este mundo es prestado;
Y está muy averiguado
Que todo se ha de acabar,
Como ha sido lo pasado.
A los grandes y á los chicos,
Uno á uno ya ves ir:
Nadie se puede eximir;
Que los pobres y los ricos,
Todos paran en morir.

Pues vengamos al presente
Año de ocho y cincuenta;
Tengamos en esto cuenta;
Que se ha muerto mucha gente,
Grandes señores de renta.
Cuantos agora vivimos
No han visto, ni se ha hallado,
Tantos señores de Estado
Como agora juntos vivimos
Que en este año han faltado.

De todos estos Estados
Comience el memorial.
Una Reyna principal
Que gozó de dos reinados,
El de Francia y Portugal,
Hermana de aquel muy fuerte
Don Carlos emperador,
Dicha madama *Leonor*.
A ésta llega la muerte,
No mirando su valor.

Dícele, como ha llegado:
Reyna, yo os vengo á llamar;
Luego habeis de caminar;
Porque de uno y otro Estado
Os quieren cuenta tomar.
Aparejad el partir
Con entera diligencia;
Mirad bien vuestra conciencia;
Pues sin falta habeis de ir;
Que es ya dada la sentencia.

Oyendo aquella señora
Lo que la Muerte decía,
Viéndose en tal agonía,
Ordenó luego, á la hora,
Hacer lo que convenía.
Sin esperar dilación,
Los sacramentos pidió,
Y después su alma dió
A Aquel que con su pasión
A todos nos redimió.

Vino á hacer su reseña
La Muerte al Andalucía,
Y entró por la Señoría
Del grande *Conde de Ureña*,
Que en Osuna residía.
Dícele, como le vido:
Venid conmigo, varón,
Dejad al mundo y rincón,
Al hijo mucho querido,
Vuestro don Pedro Girón.

Dejad ya de levantar
Monasterios y edificios;
Paren ya los ejercicios
Que solíades tomar,
Para aumentar beneficios.
Tiempo es de ir á dar cuenta
De todo lo rescibido,
Y cómo habeis despendido
Los bienes y mucha renta
De que fuistes proveído.

Estos regalos mundanos
Es ya tiempo que dejeis;
Que bien sé que conoceis
Que son en todo profanos,
Como vos bien entendeis.
Comenzaos á aderezar,
Pues entendeis lo que digo;
Que habeis de venir conmigo,
Y ya no os puede amparar
La mucha renta del trigo.

Que aunque seais rico y fuerte,
Habeis de entrar en mi danza;
Porque es tanta mi pujanza,
Que á hombres de toda suerte
Sabed que mi tiro alcanza.
É pues os tengo avisado,
Ordenad vuestra partida;
Pensad bien toda la vida,
Y en haciendo lo obligado,
Luego será nuestra ida.

Acabado esto de oír,
El buen Conde respondió:
¡Bendito el que me crió!
Ya yo sé que he de morir,
Y dello contento so.
Y á su Don Pedro llamando,
Muchas cosas le encomienda:
La Madre, Estado y hacienda,
Y á su hermana, no olvidando
También que en su alma entienda.

Que mire por sus vasallos,
Le dice el honrado viejo;
Da á su hijo buen consejo,
Con que sepa gobernallos;
Pues él es dellos espejo.
Dándole su bendición,
Su viaje aparejó;
Confesó y comulgó,
Y llevó la Extrema-unción,
Y así la vida acabó.

Como cristiano murió,
Haciendo lo que debía,
Según las obras hacía:
El que el ánima le dió,
Le tenga en su compañía.
Acabando aqueste lance,
La Muerte de allí ha volado,
Y á otro Señor de Estado
Pónelo en el mesmo trance
Como puso aquel pasado.

Un *Conde* recio y valiente,
De Santisteban nombrado,
Que estaba bien descuidado,
Siendo en Sevilla Asistente,
Por el Rey allí enviado.
Como la muerte ha llegado,
Dice: Conde ¿cómo estais?
Vos que aquí á muchos juzgais,
Muy presto sereis juzgado,
Y esto quiero que sepais.

Dejad el mando y la silla;
Venid conmigo, señor;
Que la Justicia mayor
No quiere que ya en Sevilla
Seais más gobernador.
El Conde, que recio estaba
Y en Sevilla á su placer,
No pudo bien entender
Lo que la Muerte hablaba,
Y quiso esfuerzo poner.

Dejaos de esas porfias,
Le dice la Muerte, amigo;
Que habeis de venir conmigo
Antes de los siete días:
El tiempo doy por testigo.
Aquesto yo no lo vi;
Mas, según se me contó,
La Muerte se lo llevó;
Y dicen que pasó así,
Que seis días no duró.

Pues tengamos en memoria
Estos rebatos que vemos,
Y á nuestro Dios supliquemos,
Que á este Conde dé la gloria,
Que deseada tenemos.
Habiendo hecho esta presa,
La Muerte de allí se alanza
A la *casa de Berganza*,
Y háblale á la *Duquesa*
Que también entre en su danza.

Dícele: *¿cómo vos vay,*
Duquesa, miña señora,
Falay á esta servidora,
Ella le responde: *¡hollay!*
Dexayme, ivos en bora.
No curemos ya gastar
Más tiempo, que es escusado;
Que de cuanto habeis mandado,
Cuenta recta ireis á dar,
De presente y de pasado.

No os aprovecha riqueza,
Ni vajilla, ni brocados,
Ni los vasallos sobrados,
Ni el serviros con grandeza
Los manjares más preciados.
Ordenad vuestra partida,
Y sea con brevedad;
Olvidad la majestad
Con que habeis sido servida;
No tengais ya gravedad.

Dejad regalo y servicio
Que el grande Duque os hacía;
Que conviene en este día
Que renunciéis vuestro oficio,
Y sigáis mi compañía.
Consentid en el concierto,
Y partamos sin tardar;
Y creedme, sin dudar,
Que *ó camino es muy perto,*
Y nan se pose escusar.

Siéndole el aviso dado,
Aunque estaba con gran pena,
Su ánima luego ordena
Con diligencia y cuidado,
Como cristiana muy buena.
A nuestro Dios supliquemos
Que en su gloria le dé asiento,
Y en este mundo de viento
Nos dé gracia, que alcancemos
El mesmo merecimiento.

De allí va la Muerte fiera
A dar trabajo y afán
Hacia las partes de Orán,
Do el *conde Don Martín* era,
Aquel grande capitán.
Y dícele: cierto sé,
Capitán muy esforzado,
Que el tiempo os es ya llegado
En que murais por la fe,
Lo que habeis vos deseado.

Y pues que por esta tierra
Ganastes la fama tanta,
Y morisma no os espanta,
Morid en aquesta guerra,
Defendiendo la fe santa.
Porque, si el cuerpo rescibe
Muerte en servicio de Dios,
Claramente sabeis vos,
Que la fama siempre vive
Perpetuamente enter nos.

Y pues siempre en vos se halla
Ánimo para vencer,
Hoy más lo cumple tener;
Que es la postrera batalla
Que terneis, á mí entender.
Confesad vuestros pecados
Con entera diligencia;
Examinad la conciencia,
Y vos y vuestros soldados
Tomad la muerte en paciencia.

Y entrando así apercebido,
Llamando al alto Señor,
No tengais ningún temor;
Porque, aunque quedeis vencido,
Salís muy gran vencedor.
Y luego el buen caballero,
A los suyos esforzando
Y á Santiago llamando,
Él quiso ser el primero
Que en los contrarios va dando.

El Conde, como animoso,
Acabó allí la jornada
De esta vida trabajada:
De Dios todopoderoso
Su alma sea perdonada.
Habiendo ya destrozado
La Muerte toda esta gente,
Pasose muy prestamente
A visitar un Perlado,
Hijo de aqueste valiente.

Con ninguno no se ahorra,
Religioso ni seglar,
Con todos juega al tirar,
Y así al *de Calahorra*
Obispo viene á hablar.
Dícele: venid conmigo
Y dejad el obispado:
Si dél bien habeis usado,
Verdaderamente os digo
Que os darán mejor estado.

Partamos con brevedad,
Y congoja no tengais,
Obispo, porque dejais
Tan pronto la dignidad
En que agora puesto estais.
Y por que mejor os cuadre
El partir, buen caballero,
Yo saber hacer os quiero,
Que ya el Conde, vuestro padre,
He yo llevado primero.

Y no penseis que os engaño
En todo lo que he hablado;
Haced luego lo obligado;
Que en partir en este año,
Is muy bien acompañado.
Luego sin más dilación,
Acabando esto de oír,
Hace luego apercebir
Aqueste ilustre varón
Lo necesario al partir.

Y acabando de ordenar
Aquello que convenía,
Su ánima á Dios envía,
La cual quiera perdonar,
Y á nos el último día.
Luego la Muerte otro salto
Hizo, el mayor de Castilla,
Que puso á todos mancilla;
Pues hirió al hombre más alto
Que en ella ha tenido silla.

Como á un pobrecillo hombre,
Se llegó muy sin temor
Al muy alto emperador
Carlos quinto de este nombre,
Y le habla á su sabor.
Dícele luego en llegando:
Emperador muy valiente,
El muy alto Omnipotente
Que os dió tan subido mando,
Sabed que os llama a! presente.

En esta batalla fuerte,
Que ha de ser la postrimera,
Tened firmè la bandera,
Peleando de tal suerte
Que consigais gloria entera.
Ya creo debeis saber
Que este mundo todo es vano:
Hoy ireis conmigo, hermano;
Que no os basta á defender
Todo el imperio romano.

A quien temen los franceses,
Que son vuestros castellanos,
No os quitarán de mis manos
Flamencos, ni aragoneses,
Úngaros, ni italianos.

El Autor á la Muerte:

¡Válgame Dios glorioso!
¿Con tan poca autoridad
Hablas á su Majestad,
Siendo el rey más poderoso
Que ha habido en la cristiandad?

¿Al más alto y principal,
Al César nunca vencido,
A aquel de todos temido,
Como á un pobre de un jornal,
Desa arte te has atrevido?
¿No tienes temor ninguno,
Ni cabe en tu pensamiento
Que juntara en un momento
Cien mil hombres, uno á uno,
Para su defendimiento?

Tiene tan grande abundancia
(Que yo no basto á decilla),
Que tuvo preso en Castilla
A Francisco, rey de Francia,
Y á otros de su cuadrilla.
Pues dime ¿por qué desa arte,
Si esto alcanzas á saber,
Lo osas acometer,
No temiendo su estandarte
Y su bastante poder?

La Muerte:

Sabes en cuan poco tengo
Al más fuerte emperador,
Cuanto al menor labrador,
Y es la causa porque vengo
Del emperador mayor.
Luego lo traigo á mi yugo
Al más poderoso y fuerte
Y á gentes de toda suerte;
Porque soy de Dios verdugo,
Y tengo por nombre *Muerte*.

A todos de día en día
Tiro mi flecha y mi lanza,
Y los pongo en ordenanza;
Porque soy de todos guía,
Y todos siguen mi danza.
Y así conviene sin falta,
Que, con grande brevedad,
Su Cesárea Majestad
Dance hoy la baja y la alta
Con grande solemnidad.

Comenzaos á aparejar,
Buen rey, porque es menester;
Pues yo os hago saber,
Que no se puede escusar,
Y que lo habeis de hacer.
Siéndole el aviso dado
Al buen rey, que lo entendía,
Sentid lo que sentiría,
No por dejar el Estado,
Que ya dado le tenía.

Mas cada uno bien sienta
Que comenzaría á temblar,
Solamente con pensar
Aquella tan grande cuenta
Que á Dios esperaba dar.
Y como muy buen cristiano,
Siendo su alma ordenada,
Con la cabeza inclinada
Alabó á Dios soberano,
Por ser su hora llegada.

Dice: mi Dios infinito,
Inmenso, consolador,
Glorioso Redentor,
Perdonad al pequeñito,
Pobrecillo pecador.
Yo de morir soy contento,
Que para ello nací;
Confieso que te ofendí,
Y me pesa y arrepiento,
Porque pequé contra Tí.

Hablando de aquesta suerte,
Con un ánimo esforzado,
Dió el alma á quien se la ha dado,
Y en la vida y en la muerte
Lo hizo Dios señalado.
Pues tuvo guerra notoria
Por nuestra fe defender,
Cierto se puede creer
Que Dios lo tiene en su gloria,
La cual Él nos deje ver.

Pues, pecador negligente,
Que ves aquesto pasar,
¿No sería bien pensar
Que uno y otro prestamente
Todo se ha de acabar?
Ejemplo debe tomar
El menor y el mayor
Deste gran Emperador:
Esto había de contemplar
Cada un día el pecador.

Que el que hizo tanta guerra,
Y venció tanta batalla,
Aquese mismo se halla
Hecho ya un poco de tierra,
Que pueden todos pisalla.
De toda la multitud
Que en este mundo mandó,
Otra cosa no llevó,
Sino sólo el ataúd
Y en lo que se amortajó.

Pues esto sólo se hereda
En esta mísera vida,
Antes de la hora venida,
Haga el hombre el bien que pnedá,
No espere á la despedida.
Habiendo la muerte hecho
El tiro que habeis oído,
Hace otro tiro subido,
Y pone su flecha al pecho
A una hermana del herido.

A la fuerte y valerosa,
Llamada *Reina Maria*
Llega la Muerte, y decía:
Conviene, Reina animosa,
Que sigais mi compañía.
Pues que habeis sido valiente,
Mostrando siempre grandeza,
Conviene á vuestra Alteza
Que en la batalla presente
Mostreis vuestra fortaleza.

No procureis gente armada,
Ni os pongais en resistencia;
Recebid, dama, en paciencia;
Porque es la hora llegada
Que vengais á residencia.
Confesad con brevedad
Con entera diligencia;
Examinad la conciencia;
Porque yo os digo en verdad
Que habeis de ir de esta dolencia.

No dejeis pecado alguno,
Decidlos muy sin embargo;
Que el juez es, cierto, tan largo,
Que paga ciento por uno
A quien le da buen descargo.
La Reina que aquesto oía,
Aunque era muy esforzada,
Ordenó, sin tardar nada,
Hacer lo que convenía,
Para seguir la jornada.

Y con presta diligencia
Luego sacramentos pide,
Y del mundo se despide.
A ella Dios por su clemencia
Perdone y á nos no olvide.
Cuando la Muerte acabó
Este tiro temeroso,
Va á un caballero famoso,
Y una flecha le tiró
Con su arco peligroso.

No era conde ni marqués,
Mas era favorecido
Del Rey y mucho querido;
Que era uno de los tres
Mayordomos que ha tenido.
Su citatoria le ley,
Y dícele con denuedo:
Vos *Don Diego de Acebedo*,
Que íbades por Visorey,
Conviene que ya esteis quedo.

Y lo que el rey ha mandado,
Yo lo quiero revocar;
Porque debeis de pensar,
Que soy de un rey enviado
Que el mando puede quitar.
Ansí que, noble varón,
De Indias perded cuidado,
Y sabed que sois llamado
Para otra navegación,
Do sereis mejor pagado.

Que si á los que á Indias van,
Dan acá grande partido,
Tened por muy entendido
Que adonde vais, gloria dan
Al que hubiere bien servido.
¡Cuánto escudero y paje
Teníades ya llegados
Y muchos encomendados
Para ir este viaje,
Y se quedarán burlados!

Y porque el caso se ofrece,
Vuestra merced ya perdone;
Que el hombre ordena y pone
De lo que bien le parece,
Y Dios es el que dispone.
Pues en nombre de Jesús,
Luego sin más dilación
Renunciad la provisión
Que teneis para el Perú,
Y pedid la confesión.

Esta embajada oída
Por el bueno de Don Diego,
Sin esperar más sosiego,
Entra en cuenta con su vida,
Y ordena su alma luego.
Y viendo el paso en que está,
Dice este honrado señor:
¡Maldito sea el favor
Que a questo mundo nos da;
Pues es para más dolor!

Mis galas, mis invenciones
De todo el tiempo pasado,
El mandar demasiado,
De honras y presunciones,
Decidme ¿qué me ha quedado?
Todo ha sido liviandades,
Todo ha sido ceguedad,
Y este mundo es en verdad
Vanidad de vanidades
Y, en fin, todo es vanidad.

Servid, servid, pecadores,
A Dios con toda alabanza,
Y no tengais confianza
En el mundo y sus favores;
Sea en Dios vuestra esperanza.
Y dando a questo consuelo,
El buen cortesano honrado
El alma á su Dios ha dado,
El cual le tenga en el cielo,
Y á nos libre de pecado.

Hecho lo que habeis oído,
La Muerte toma la guía
Para *el Conde de Buendía*,
Y dice, como le vido:
Venid en mi compañía;
Dejad de ser cortesano,
Y partamos sin tardar;
Porque os envía á llamar
El Rey alto, soberano,
Que os quiere cuenta tomar.

Oyendo este caballero
Lo que la Muerte decía,
Hace lo que convenía
A cristiano verdadero,
Y deste mundo partía.
Supliquemos al Señor
Que lo quiera perdonar,
Y á nosotros quiera dar
Gracia y divino favor
Para siempre bien obrar.

Dejando puesto en la huesa
Al que habeis oído nombrar,
Va la Muerte á visitar
A Sevilla á una *Condesa*
Que dicen *del Castellar*.
Dícele luego en llegando:
Sepa vuestra señoría,
Que conviene en este día
Que obedezcais lo que mando
Y sigais mi compañía.

Y luego, sin tardar nada,
Debeis hacer lo que pido;
Porque yo tengo entendido
Que vivís muy congojada
Después que os faltó el marido.
Y pues cierto pasa así,
Que os hallais muy afligida,
No os de pena la partida;
Partamos luego de aquí,
Condesa, si sois servida.

Oyendo aquella señora
Aquesto que habeis oído,
Poniendo en Dios su sentido,
Ordenó luego, á la hora,
Hacer todo lo debido.
Y diciendo lo del suelo
Ser imperfecto y profano,
Dió el alma á Dios soberano,
El cual la tenga en el cielo
Y á nosotros con su mano.

Hecho todo lo pasado,
Va la muerte sin tardar
Muy prestamente á llamar
Al de Córdoba nombrado,
Que el de Avila iba á gozar.
Y dícele: no cureis
Tomar el nuevo Obispado;
Que si habeis bien trabajado,
Yo os digo que gozareis
De otro muy mejor estado.

Dejad las pompas del suelo,
Y venid á dar la cuenta;
Porque, en verdad, que se aumenta
A quien bien la da en el cielo,
Muy gran dignidad y renta.
No procureis de pensar
En esta vida emprestada;
Aparejad la jornada,
Y partamos sin tardar;
Pues ya sabeis mi embajada.

Oyendo lo ya contado,
Aquel cristiano varón,
Sin esperar dilación,
Hace lo que es obligado,
Pidiendo á su Dios perdón.
Diciendo ser vanidad
Lo de este siglo presente,
Dió el alma al Omnipotente.
Él por su inmensa bondad
En su gloria la aposente.

Desde allí se determina
La Muerte guiar su rueda
A San Lucar de Barrameda,
Do está *el Duque de Medina*;
Que aqueste Grande le queda.
Y hallándolo doliente
En una cama acostado,
De sus criados cercado,
Le dice: Duque excelente,
Sabed que ya sois llamado.

Basta lo que habeis vivido:
Vamos ya, buen caballero;
Pues que os queda un heredero,
Hijo del hijo querido
Al cual yo llevé primero.
Vuestras armadas y flota
Que soleis aquí tener,
No os bastan á defender;
Ni tampoco el mal de gota
No terneis ya que temer.

Bien sé que no sereis ledo
Con esto que os he hablado;
Mas, decid ¿qué es del estado
De las Cortes de Toledo,
Que fuistes muy señalado?
Porque no estamos de espacio,
Responded sin dilatar,
¿Qué es de aquel banquetear
Y vuestra sala y palacio,
Que iban muchos á mirar?

¿Dónde está vuestra vajilla
Y vuestra mesa y potajes?
¿Dó están los mozos y pajes,
Que sois nombrado en Castilla
En aquel y otros viajes?
¿Qué es de los ricos vestidos
Y jaeces muy preciados,
Los caballos estimados,
Los vasallos muy polidos,
Tan buenos y tan honrados?

Cierto sé, Duque, que os pesa
De aquesto que habeis oído.
¿Dónde está el gasto subido
Para traer la Princesa
Y entregalla á su marido?
Decid ¿dó están los arreos
Y libreas que habeis dado?
¿Qué es de aquel tiempo pasado
De justas, galas, torneos,
De que, Duque, habeis gozado?

Todo esto y vuestro estado
Ya no os pueden escapar:
Luego habeis de caminar;
Por eso de vuestro grado
Comenzaos á aparejar.
Olvidad renta y dineros;
Partamos con diligencia;
Que, según vuestra dolencia,
Bien ha dos años enteros
Que haceis ya penitencia.

Siendo estos avisos dados
Al excelente varón,
Luego, sin más dilación,
Hace venir sus criados,
Y pide á todos perdón.
E sintiéndose que está
En el paso postrimero,
Manda venir su heredero,
Y su bendición le da
Con amor muy verdadero.

Tan bueno como tu padre
Te haga el Omnipotente,
Le dice el Duque excelente,
Y Dios te guarde á tu madre,
Y á entrambos salud aumente.
E puestos sus pensamientos
En Aquel que lo crió,
Luego el buen Duque pidió
Que le den los Sacramentos,
Y todos los rescibió.

Él hizo acá en este suelo
Lo que debe un buen cristiano;
El alto Rey soberano
En el imperio del cielo
Lo haga su cortesano.
Despachando al excelente,
La Muerte luego navega
Do está aquel nombrado *Vega*,
Que era *en Corte Presidente*,
Y dícele, como llega:

Amigo, prestad paciencia,
Y tened por entendido,
Que es el tiempo ya venido
En que os tomen residencia
De oficios que habeis tenido.
Dejad el cargo del rey,
Y sabed que el Rey mayor
Quiere que digais, señor,
Cómo usastes de la ley
Puesta por el Rey menor.

Mirad muy bien que veais
Todo lo que habeis firmado
En todo lo sentenciado;
Que si buena cuenta dais,
Sereis bien galardonado.
E más debeis procurar
Con entera diligencia,
Que examineis la conciencia;
Pues no podeis apelar
Después de dada sentencia.

Confesad con fe muy viva;
No quede nada olvidado
De lo presente y pasado;
Porque ésta es definitiva
De todo lo procesado.
Si entendeis bien lo que digo
Por esta mi petición,
Conviene sin dilación
Que os aparejeis, amigo,
Porque pido conclusión.

Y más os hago saber,
Que todos vuestros favores
De letrados y oidores
No os bastan á defender
De mis alcaldes mayores.
Habiendo aquesto oído,
Luego el Presidente honrado
Hace lo que es obligado,
Puesta la pompa en olvido
De todo el mundo y estado.

Haciendo todo el deber,
Dió el alma á Dios poderoso,
Él le quiera dar reposo,
Y á nos libre del poder
Del tentador peligroso.
Fenescida ya la guerra
De todos los que he contado,
La Muerte se ha pasado
Al reino de Inglaterra,
Y á *nuestra Reina* ha hablado.

Dícele: reina y señora,
Sabed cierto sin dudar,
Que os envían á llamar,
Y es ya llegada la hora
En que dejéis de reinar.
Cierto sé que en lo que digo
Recibireis gran pesar;
Mas debeis, dama, pensar
Que habeis de venir conmigo;
Que no se puede escusar.

Por tanto, señora mía,
Comenzad á aderezar,
Y luego, sin más tardar,
Venid en mi compañía;
No cureis de rehusar.
Porque todos los ingleses
Que os suelen obedecer,
No os bastan á defender
Con arcabuces y arneses,
Ni con todo su poder.

Y tened por entendido
Que no os defenderán
Todos juntos los que están
Con el rey, vuestro marido,
Ni cuantos se juntarán.
Y pues que sois avisada
A que ha sido mi venida,
Pensad bien toda la vida;
La presente y la pasada,
Y partid bien proveída.

Olvidad estado y renta,
Y vaya el corazón casto,
Llevando carta de lasto, (1)
Para dar bien vuestra cuenta
De todo el rescibo y gasto.
Oyendo aquella señora
Aquella triste embajada,
Ordena, sin tardar nada,
De hacer luego, á la hora,
Aquello que es obligada.

Y puesta en Dios su memoria,
Hecho todo lo debido,
De aqueste mundo ha partido.
El Señor le dé la gloria
Y á nos cuando sea servido.
Bien puede ser que me engaño,
Que quedarán olvidados
Otros más que los contados,
Que han muerto en el dicho año,
Duques, Marqueses, Perlados.

(1) *Lasto*, documento ó recibo que se da al que lasta ó abona por otro alguna suma, á calidad de reintegro.

A nuestro Dios supliquemos
Sea servido perdonar
A los muertos, y á nos dar
La gracia con que alcancemos
Dentro del cielo lugar.
Gloria á Dios Padre piadoso,
Digan todos otro tanto,
Gloria á Dios Hijo amoroso,
Mi redemptor glorioso,
Gloria á Dios Spíritu Santo.

Benedicid y alabad
Todas las gentes contino
A la Santa Trinidad,
Y siempre la gloria dad
A nuestro Dios uno y trino.

AMEN.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO	VII
INSTRUMENTO ESPIRITUAL, DE D. CRISTÓBAL CABRERA	
Prólogo	19
Sonetos	27
Canción á nuestra Señora	43
A nuestra Señora	45
Al dulce Jesús	47
A nuestro Salvador.	51
Canción	52
Meditación.	54
Versos líricos al Nacimiento	59
Otros al mismo asunto	62
Canción á la Columna.	63

Romances

A la Encarnación	67
Al Nacimiento	68
A la Oración del Huerto.	76

Villancicos

Villancico contrahecho al que dice: Niña por quien yo suspiro	81
En la fiesta de la Circuncisión	83
A la Ascensión	84
A la Columna.	85
Quintillas á la Encarnación.	84
Diálogo entre Dios y el hombre	86
Otro al Santísimo nombre de Jesús.	87

POESÍAS INÉDITAS DE D. JUAN DE ARAMBURU

Sonetos	93
Contra la perversa y herética gente laterana etc	99
Versos líricos.	103
Octavas á la Ambición	107

LÁGRIMAS DEL APÓSTOL SAN PEDRO,
DE JERÓNIMO DE LOS COBOS

Noticia acerca de este poema y de su autor.	115
Lágrimas del Apóstol San Pedro.	119

BATALLA DE LA MUERTE, DE PEDRO
DE SAYAGO

Noticia acerca de este poema y de su autor.	147
Batalla de la Muerte	151

ERRATAS NOTABLES

Páginas	Líneas	DICE	DEBE DECIR
61	7	tierra Virgen	tierra virgen
83	1	de la la	de la
99	12	En	Es
121	2	hirieron	hicieron
id.	4	hicieron	hirieron
158	26	ese	este.
161	1	Dejad	Cesad
176	26	Jesús	Jesú

A x dias del mes de Febrero de MDCCCLXXX
se acabó de imprimir este libro en la
imprensa de la Sra. Viuda
de Ferrer é Hijo,
de la Coruña.



OBRAS DEL AUTOR

ELOGIO DEL SABIO BENEDICTINO, FR. BENITO JERÓNIMO FEIJÓO, pronunciado en la solemne función religiosa celebrada en la S. I. Catedral de Orense, el 9 de Septiembre de 1887, con motivo de la inauguración del monumento erigido á su memoria: volumen 12 de la *Biblioteca Gallega*, con un prólogo, la biografía y el retrato del autor.—Precio: **3 pesetas.**

QUINTO HORACIO FLACO.—*Epístola á los Pisones*, traducida en prosa y anotada, con prólogo, biografía de Horacio y extracto de los preceptos, para uso de los alumnos de Retórica y Poética.—**2'50 pesetas.**

PROGRAMA DE RETÓRICA Y POÉTICA Ó LITERATURA PRECEPTIVA para uso de los alumnos de Instituto.—**1 peseta.**

POETAS RELIGIOSOS INÉDITOS DEL SIGLO XVI, sacados á luz con noticias y aclaraciones.—**3 pesetas.**

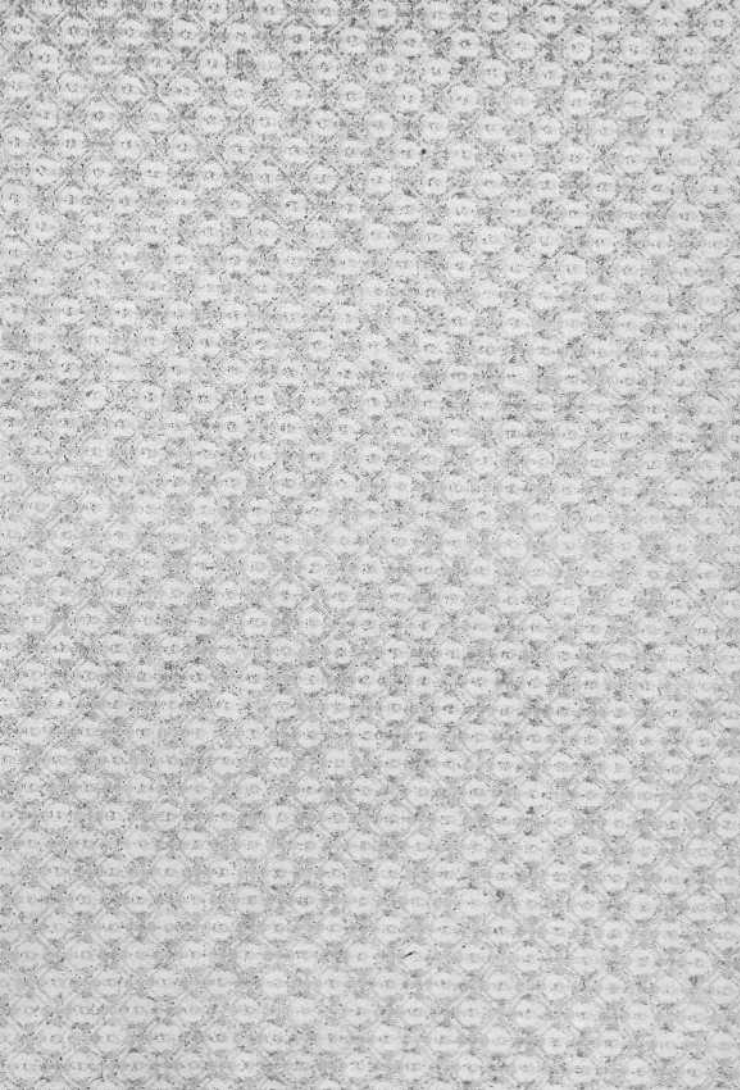
LA MISMA OBRA, impresa en papel especial.—**5 pesetas.**

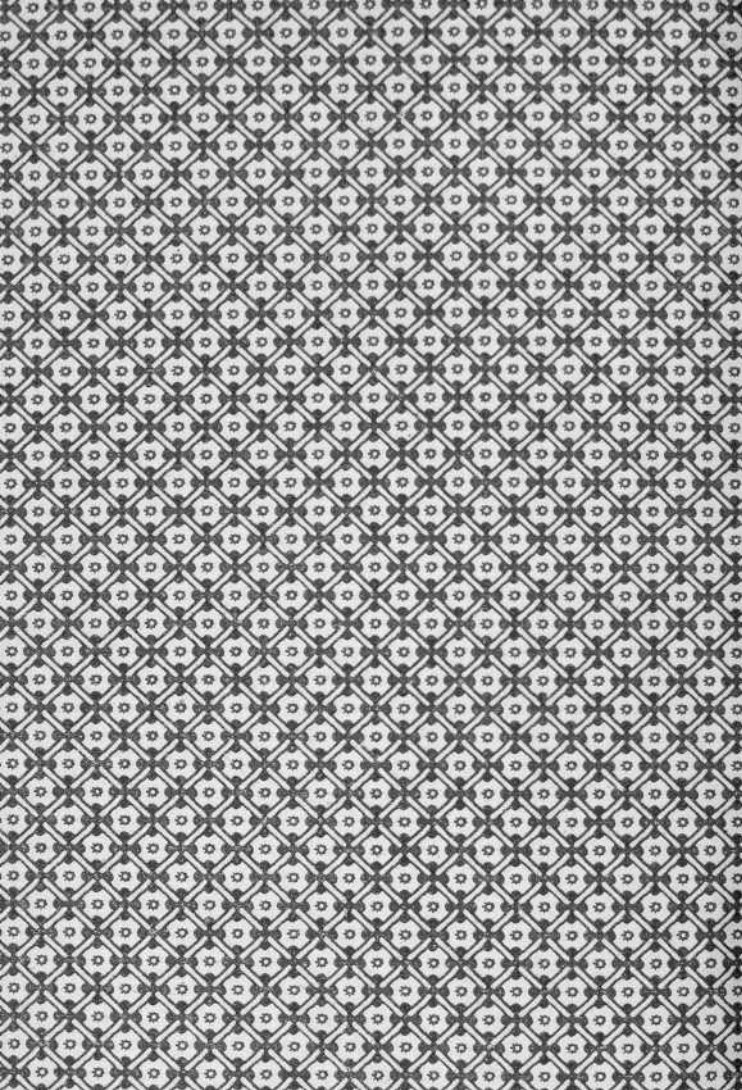
VÉNDENSE ESTOS LIBROS:

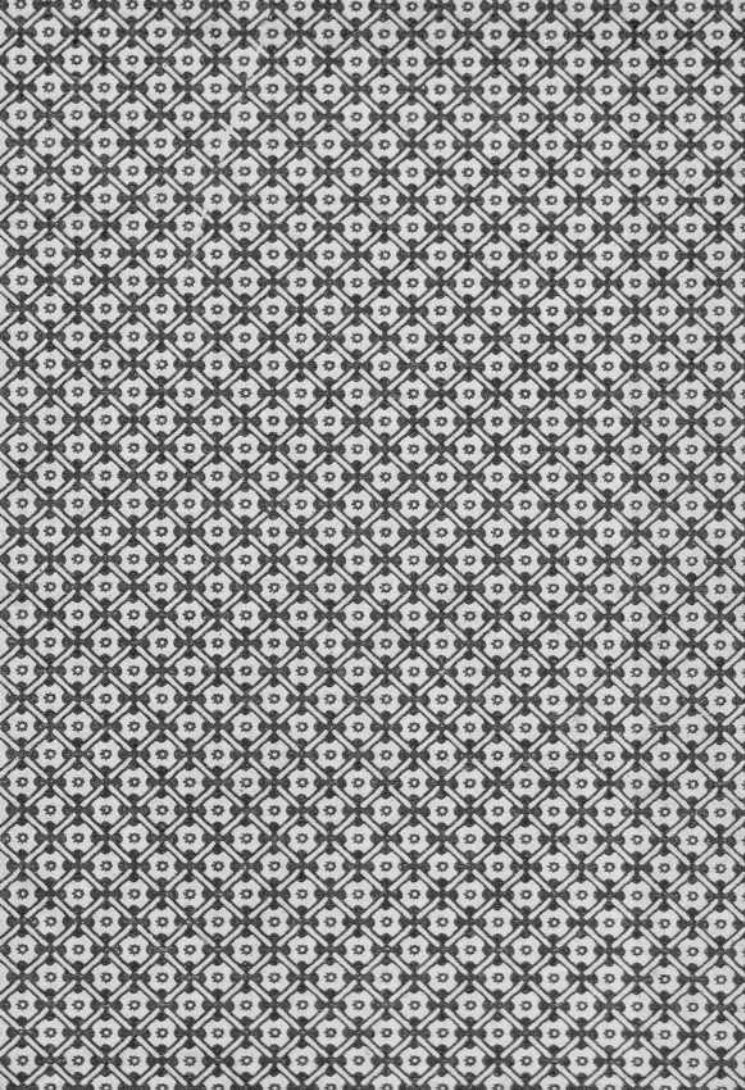
En Madrid.—Librería de D. Victoriano Suarez,—Jacometrezo 72.

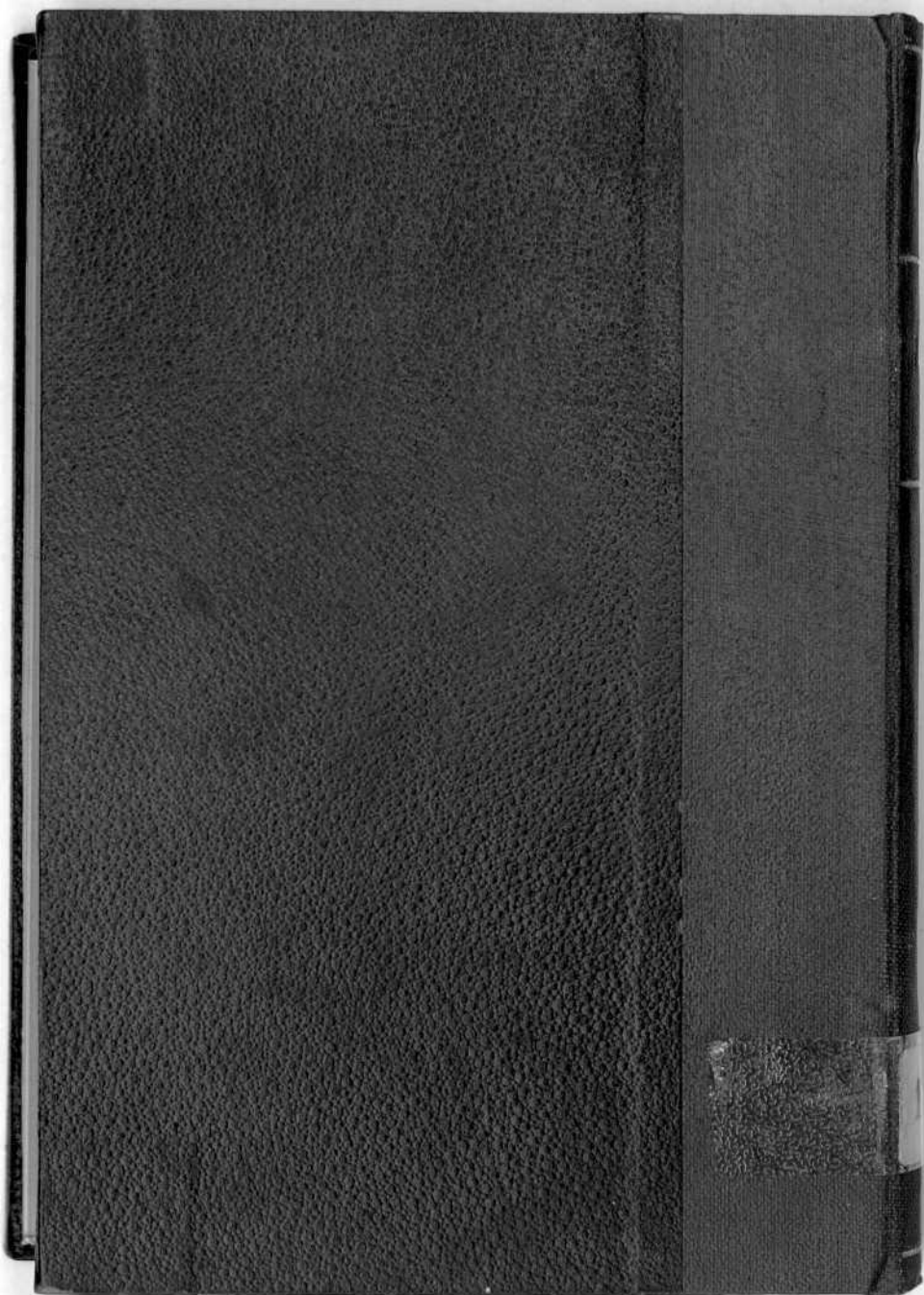
La Coruña.—Librería de D. Eugenio Carré.—Luchana 16.

Orense.—Librería de D. Severino Pérez Resvié.—Plaza Mayor, 21.









MACIAS

PORTAS

1269